

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

negro es el odio

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

BURTON HARE

**NEGRO ES
EL ODIO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 574
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 7.396 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1973

© BURTON HARE, 1973
texto

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Era una cabaña que nadie recordaba a quién perteneciera.

En el lindero del bosque, al pie del lago y a un tiro de piedra de las últimas casas de la población, se mantenía en pie de milagro porque el tiempo y el abandono habían causado estragos en su estructura de troncos. La mitad del porche estaba hundido, la puerta no encajaba y las ventanas eran negros ojos vacíos por los que penetraban el viento, el susurro del lago y los pájaros.

Pero era «su» refugio.

El lugar donde se daban cita todos los días del año.

Allí, cuando ellos entraban, ya no había ruinas, ni ojos vacíos y negros ni sombras fantasmales deslizándose entre los troncos carcomidos.

Cuando ellos entraban era un palacio.

Simplemente se amaban y su amor transformaba el mundo sórdido en un paraíso de luz.

Se habían amado siempre, desde que se conocieron, desde que Jennie peinaba largas trenzas color de miel y Steve lucía pantalones cortos y balanceaba en las manos los libros atados con una correa.

Se amaron desde entonces, aunque tardaron algunos años en comprenderlo realmente, con toda la claridad de una luz cegadora que les apresó en un torbellino que ya nada ni nadie lograría jamás detener.

Y la cabaña fue, desde siempre, su lugar de cita, la cuna que meció sus sueños, el palacio encantado donde vivieron las más sublimes quimeras juveniles y donde se dijeron una y otra vez las mismas cosas, viejas como el mundo y nuevas cada día.

No les importaba la cerrada oposición de los padres de Jennie.

No les importaba nada, excepto su amor.

Luego, un día, todo terminó.

Ellos vivían un sueño de amor. Se habían elevado hasta un

mundo en que el amor era vida.

Ni Steve ni Jennie habían llegado a la edad en que a la idea de vida se une inexorablemente la de la muerte.

Aquella tarde él había terminado su trabajo más tarde que de costumbre. Estaba impaciente y cuándo salió a la calle echó a andar apresuradamente.

La señora Hyman le vio pasar frente a su jardín casi corriendo.

«Ahí va Steve Grey —se dijo—. Hoy con un poco de retraso. Es extraño».

Siguió cortando su césped y, como todos los días, se olvidó enseguida de Steve.

Hasta que lo que sucedió la obligó a recordarlo nuevamente.

El crepúsculo flotaba sobre el lago cuando Steve llegó a los primeros árboles.

Entonces oyó un rumor entre la hojarasca y se detuvo, perplejo.

No acostumbraba la gente a frecuentar aquel paraje a semejantes horas y la intrusión le inquietó.

Atisbó entre los matorrales. Vio unas siluetas que se alejaban como apartándose del lago.

Reconoció a Eric Pierce a la cabeza de los demás.

Después, Charles Summers atravesó un pequeño claro y casi pisándole los talones iba John Peters. El cuarto pasó como una sombra esfumándose en la maleza.

Steve se encogió de hombros, preguntándose vagamente a qué clase de juego estarían jugando los cuatro muchachos.

Reanudó la marcha, apresurado porque ya se había retrasado demasiado y Jennie estaría impaciente. Incluso tal vez estuviera furiosa por haber tenido que esperarle, aunque ella no se enfurecía jamás.

Era demasiado dulce.

La cabaña apareció ante él, ruín, con sus ventanas como ojos negros y vacíos en la penumbra del bosque.

—¡Jennie!

No obtuvo respuesta.

Decididamente estaba enfadada. Nunca dejaba de responderle cuando la llamaba.

La puerta se balanceaba suavemente colgando de su única bisagra. Steve acabó de abrirla y dijo:

—Lo siento, mi amor. Me fue imposible...

Calló de pronto, quedando rígido ante lo que se ofrecía a sus ojos.

Jennie yacía en el centro de la estancia. Sus ropas aparecían esparcidas aquí y allá hechas jirones. Sus largos cabellos color de miel eran un revoltijo y parte de ellos caían sobre sus senos como tratando de ocultarlos.

La piel de su cuerpo contorsionado estaba llena de arañazos, de los que habían brotado gotitas de sangre.

Steve se mantuvo inmóvil mucho tiempo, la mirada clavada en el cuerpo adorable, ahora retorcido de una manera espantosa. En los ojos desorbitados, fijos y tan muertos como las pupilas de las ventanas.

Después, mucho después, avanzó despacio y se inclinó sobre ella.

Su bellissimo cuerpo le turbó. Buscó algo con que cubrirlo y no encontró más que los pedazos de su vestido y de sus prendas interiores. Los reunió con manos temblorosas y la fue cubriendo lo mejor que pudo...

Se movía como un muñeco, rígido, pálido, murmurando frases ininteligibles entre dientes.

Al fin, dijo solamente:

—Adiós, Jennie...

Dio media vuelta y salió de la cabaña caminando pesadamente, con dificultad, como si fuera un anciano de mil años.

La encontraron aquella misma noche, cuando los padres de la muchacha vieron que no regresaba como de costumbre y fueron a buscarla, maldiciendo a Steve por seguir importunándolos, reteniendo a su hija cada día más tiempo.

Sólo que esta vez era diferente.

Jennie estaba inmensamente sola cuando la hallaron.

Steve fue detenido. No opuso resistencia. Ni siquiera habló.

Era apenas una sombra de hombre, un cuerpo sin alma que se movía a impulsos de los demás.

El juicio fue rápido. Un proceso sin problemas, con la acusación impulsada por los padres de Jennie, y la defensa desbordada por la inercia del acusado, cuyos labios no habían pronunciado una sola palabra desde que se despidiera de su amada.

Fueron consultados psiquiatras por ambas partes. Tanto los de la acusación como los de la defensa estuvieron de acuerdo en afirmar que Steve Grey no era responsable de sus actos, que su razón era apenas una sombra huidiza, y que debía ser internado sin demora en una institución donde pudiera recibir los cuidados precisos a su estado, y donde pudiera ser mantenido en observación, quizá para el resto de su vida.

Steve Grey tenía veinte años cuando entró, debidamente escoltado, en la clínica mental bautizada con el apacible nombre de La Casa del Valle...

La cabaña del bosque continuó solitaria, desmoronándose poco a poco, con sus ventanas semejantes a negros ojos vacíos por los que penetraban el viento, el rumor del lago y los pájaros que anidaban en sus carcomidas maderas.

Nadie se acercaba siquiera al lugar. Los jóvenes que iban a bañarse al lago evitaban pasar por las cercanías de la vieja cabaña.

Flotaba en torno a ella un halo de inquietante misterio, como una bruma invisible que protegiera todo el paraje de las risas de la juventud, del raudal de vida que continuaba alentando fuera de los viejos maderos.

Había quien sostenía que una fuerza inexplicable protegía los restos de la cabaña de todo intruso que pretendiera guarecerse en ella.

Quizá tuvieran razón y el espíritu de la muerte flotara en aquella extraña niebla que no se parecía en nada a la que, levantándose del lago, envolvía el bosque como un sudario en los días fríos...

La muerte de Jennie permaneció durante mucho tiempo en las mentes de la gente del lugar. Fue el tema de conversación en las noches de invierno, en las tabernas y en los bares.

Después, paulatinamente, la fueron olvidando hasta que, muchos años después, el nombre de Jennie, o el de Steve Grey, ya no significaron nada para los habitantes del valle.

Después de todo, la vida continuaba, inexorable, su camino.

CAPÍTULO II

El hombre alto descendió del autobús de la Greyhound y miró a su alrededor un tanto perplejo.

Esperó a que le entregaran su reducido equipaje. Después, lentamente, echó a andar hasta que su mirada tropezó con un rótulo azul que anunciaba una cafetería.

El rótulo era nuevo, y la cafetería había sido remozada, pero llevaba establecida en el mismo lugar más de quince años.

Avivando el paso, entró. Dejó la pequeña maleta en un rincón y se encaramó en un taburete, frente al mostrador.

—Cerveza —pidió.

El mozo le dedicó un ligero vistazo. Sin duda era forastero, pensó el mozo, porque jamás antes le había visto. Por otra parte, el hombre alto tenía anchos hombros y una tez oscura y curtida, con el matiz oscuro que se obtiene en las playas de moda...

Le sirvió la cerveza y el hombre alto bebió. A la mitad, se encaminó a la cabina telefónica y permaneció allí consultando la guía local durante varios minutos.

Cuando regresó al mostrador la cerveza estaba caliente y pidió otra.

El mozo dijo al servírsela:

—¿De paso, amigo?

—Tal vez me quede unos días. ¿Hay algún hotel decente cerca de aquí?

—Seguro, el Palace. Es bueno, aunque no tanto como pudiera suponerse, por su nombre.

—Ya veo.

—No parece usted un viajante de comercio.

—¿Dije yo que lo fuera?

—No, desde luego.

Dejó unas monedas sobre el mostrador. El mozo devolvió el

cambio y le siguió con la mirada cuando salió.

El forastero anduvo cansinamente por la acera. Se le ocurrió que no había preguntado dónde estaba el hotel Palace. Debía tratarse de un establecimiento nuevo porque no recordaba que nunca hubiera habido ninguno con semejante nombre.

Al cruzar la segunda calle lo descubrió. Era un edificio de cinco plantas, de buen aspecto y relativamente nuevo. Una marquesina a rayas rojas y blancas protegía la entrada y cruzaba toda la acera.

El hombre alto entró, solicitando una habitación individual.

—Tenemos lo que desea —dijo el recepcionista—. ¿Tiene la amabilidad de firmar la hoja del registro, señor?

Él firmó: Jim Nelson. Procedencia, Tucson.

La habitación era espaciosa, equipada con televisión, aire acondicionado y un rutilante cuarto de baño, cuyo brillo deslumbraba.

Jim Nelson dejó la maleta, se despojó de la americana y tumbándose de espaldas sobre el lecho se quedó inmóvil, la mirada fija en el techo.

Así le pasaron las horas, hasta que el crepúsculo puso tintes de oro en los montes cercanos y tamizó la suave luz que penetraba por su ventana.

Entonces se levantó, tomó la americana y descendió a la calle.

Echó a andar a paso vivo.

Todo era distinto, apenas recordaba nada de cuánto aparecía ante sus ojos, y las proporciones de muchos edificios le desconcertaban porque nunca antes el pueblo había tenido casas más altas de tres plantas.

Las calles eran también mucho más largas de lo que las recordaba.

Salió al fin a las afueras, cerca del bosque y del lago.

Se internó por entre los árboles. Ya no existían senderos en esa parte y tuvo que abrirse paso entre la maleza.

De la cabaña apenas quedaba nada más que algunos troncos podridos esparcidos aquí y allá. Las hierbas habían invadido el recinto de lo que en otro tiempo fuera el interior, la puerta había desaparecido y los pocos maderos que todavía se sostenían amenazaban desplomarse al primer soplo de aire que les atacase.

Él permaneció inmóvil frente a los despojos del pasado.

Mucho tiempo estuvo allí quieto, con la mirada perdida en algún punto remoto que sólo él veía.

Captaba el rumor del lago, y el canto suave del aire agitando el ramaje a su alrededor.

Hasta los pájaros habían callado y esos otros rumores apenas turbaban la paz augusta del bosque.

Luego, cuando las primeras sombras de la noche descendieron a su alrededor, dio media vuelta y regresó lentamente al pueblo, como un paseante cualquiera de vuelta al hogar.

Sólo que él no tenía hogar al que regresar, ni familia que le esperase, ni amor alguno por el que vivir y soñar.

Despertó muy tarde y salió del hotel en busca de una cafetería donde tomar el desayuno.

Después, se encaminó por las calles que aún recordaba hacia aquélla en que, en un tiempo estuviera la blanca casa de verdes ventanas.

La encontró al fin y se detuvo junto a la verja de madera que protegía el césped.

Estaba igual, no había cambiado en absoluto. Únicamente le habían añadido un garaje en su parte lateral. De algún modo, se alegró de que sus propietarios la mantuvieran cuidada, con las fachadas recién pintadas y el jardín limpió.

Mientras estaba allí, una mujer de unos cuarenta años apareció por un lado del jardín y se le quedó mirando.

—Hola —dijo ella—. ¿Busca usted a alguien?

Él se turbó.

—No... Bueno, en cierta forma.

Intrigada, ella dijo:

—¿En cierta forma?

—Verá... estoy de paso en la ciudad. Pero hace algunos años conocí a los dueños de esta casa. Quise ver si todo estaba igual.

Ella enarcó las cejas.

—¿Se refiere usted a los Grey?

Él sacudió la cabeza de arriba abajo.

La mujer dejó la escoba metálica del césped apoyada en un árbol y se aproximó más a la cerca.

—Murieron —dijo—. Ya hace más de siete años.

—Sí...

—Si les conocía sabrá usted lo que sucedió, ¿no es cierto? El hijo de los Grey asesinó salvajemente a su novia, una muchacha adorable, según he oído contar. Estaba loco y le encerraron, naturalmente. Bueno..., sus pobres padres no pudieron soportar el golpe. Dicen que murieron de pena con escaso intervalo uno del otro.

Él estaba muy pálido. Sus labios temblaban.

La señora murmuró:

—¿No lo, sabía usted acaso?

—Sí...

—Veo que se ha afectado mucho. Debía usted apreciarlos.

Él la miró a los ojos un instante, luego dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas.

La buena mujer se quedó perpleja, sin comprender aquella reacción.

Se dijo qué le hablaría del extraño desconocido a su esposo cuando regresara del trabajo...

Después, ocupada en su jardín, lo olvidó.

CAPÍTULO III

La secretaria alineó dos montoncitos de cartas sobre su mesa, anunciando:

—He preparado el legajo del asunto Ferrison, señor Pierce.

—Muy bien. ¿Algo que yo deba contestar personalmente?

—Excepto esa carta cerrada, con la indicación de «estrictamente personal», el resto, una vez lo haya usted leído, puedo ocuparme yo de las respuestas.

—Gracias, señorita Pitts.

La muchacha salió del despacho. Él la siguió con la mirada, prendido como siempre en el grácil contoneo de sus ampulosas caderas.

Algún día habría que hacer algo al respecto, se dijo una vez más. Estaba seguro que ella no ofrecería demasiadas dificultades...

Tomó maquinalmente la carta cerrada y le dio vueltas entre sus dedos distraídamente. Su mente continuaba aún detrás de la ya desaparecida secretaria.

Miró el sobre. Estaba escrito con una letra impersonal, como de alguien que hiciera esfuerzos para controlar lo mejor posible su caligrafía.

La abrió. Había sólo una cuartilla doblada por la mitad.

Al desdoblarla se quedó perplejo, porque sólo contenía una sola línea:

«Recuerda la cabaña del lago».

Eso era todo.

Pero era más que suficiente.

El abogado dejó escapar el papel de entre sus dedos. Una palidez mortal invadió su rostro y el pánico aleteó en sus ojos.

Estuvo más de dos minutos perfectamente inmóvil, como

convertido en piedra.

Después, maldiciéndose porque sus dedos temblaban violentamente, recogió el papel y volvió a leer el escueto mensaje.

No cabía duda alguna. Las letras estaban allí, grabándose a fuego en su mente.

«Recuerda la cabaña del lago».

No pudo contener un quejido.

Al fin, estrujó la cuartilla entre los dedos hasta convertirla en una bola y la arrojó violentamente a la papelera.

Después de tantos años...

Se recostó en el sillón y cerró los ojos.

Recordarlo... ¿Es que alguna vez había podido olvidarlo?

Afortunadamente, el paso del tiempo, los años, el trabajo y el éxito profesional y social habían ayudado a anestesiar el recuerdo.

No obstante, de vez en cuando despertaba aún por las noches bañado en sudor frío y necesitaba echar mano de los barbitúricos para volver a conciliar el sueño.

Y ahora, como un rayo, el mensaje.

No comprendía.

De pronto se levantó, recuperó el papel y lo alisó sobre la mesa.

Aquello tenía todo el cariz de un chantaje. ¿Sería posible que cualquiera de los otros...?

La policía.

Pero entonces debería dar unas explicaciones que no estaba en condiciones de ofrecer.

Dio un violento puñetazo sobre la mesa.

Chantaje, seguro.

Su metódico cerebro de abogado comenzó a buscar una salida a la situación.

Si se trataba de chantaje sólo podía esperar. Llegarían otros mensajes acuciándolo, y al fin la petición.

Estaba seguro que empezarían por una cantidad relativamente modesta. Después, las sumas serían mayores hasta sangrarle por completo.

Y estaba Myra, su esposa...

Había que contar con ella.

Levantándose, abrió la puerta y llamó a su secretaria.

—Anule todas las citas de hoy, señorita Pitts —ordenó

secamente—. Estaré ausente hasta mañana por la mañana.

Sorprendida, la muchacha asintió. Era la primera vez que sucedía una cosa semejante.

Eric Pierce abandonó la oficina.

El sol inundaba la calle. Anduvo hacia el aparcamiento donde solía dejar su coche. Después, cambiando de rumbo, entró en un bar y pidió un *whisky*.

—Doble, por favor.

El mozo se apresuró a servirle. Eric Pierce era una personalidad muy conocida en la ciudad. Su bufete, el más frecuentado, y sus reuniones sociales las más brillantes. El periódico local solía dedicarles largas y encomiásticas crónicas cada vez que tenían lugar.

Cuando se dio cuenta, el vaso estaba vacío; Hizo una seña al mozo para que le sirviera otro.

Al volver a la calle no supo qué hacer. Nunca acostumbraba regresar a su residencia durante la mañana.

Anduvo cabizbajo y luego regresó atrás en busca de su coche.

Eric Pierce poseía una gran casa a media milla de la ciudad, en el distrito más residencial creado hacía pocos años. Era una propiedad extensa, rodeada por una alta verja de hierro rematada por agudas puntas de lanza, como argumento disuasorio para posibles rateros.

Desde el coche accionó la cerradura electrónica y la puerta se abrió, cerrándose de nuevo cuando hubo pasado el vehículo.

Condujo hasta el garaje, una construcción alargada casi pegada a la verja y capaz para cuatro autos.

El jardinero podaba unos arbustos un poco más allá. Le saludó un poco sorprendido, pero el abogado ni siquiera advirtió su presencia.

Atravesó el sendero bajo el sol ardiente de la mañana.

Myra estaba tendida junto a la gran piscina de forma de habichuela, dejándose acariciar por el aire cálido y los rayos de ese sol que a él le hacía transpirar.

—Oí tu coche y no pude creer que fueras tú —dijo la mujer, ladeando la cabeza—. ¿Qué ocurre, querido?

Inclinándose, la besó en la comisura de los labios.

—No me siento muy bien —se excusó él—. Pensé que un día de

descanso me aliviaría...

Myra era una mujer de una belleza soberbia.

—¿Qué es lo que te ocurre?

Hizo la pregunta distraídamente.

Él dijo:

—No lo sé con exactitud. Jaqueca, y malestar en todo el cuerpo. ¿Te bañaste ya?

—Hace un rato... el agua está deliciosa.

—Creo que me daré un chapuzón. Quizá me siente bien.

—Date prisa y nos bañaremos juntos otra vez. Hace tanto tiempo que no estabas en casa a estas horas que estoy verdaderamente sorprendida.

Él se fue hacia la casa para cambiarse de ropa.

Myra era una gran mujer, y no sólo físicamente. Aristocrática hasta la médula de los huesos, procedía de una de las más antiguas familias del condado.

Pierce temblaba ante la sola idea de que pudiera sospechar lo que ocurría, o si por cualquier pirueta del destino aquel mensaje hubiera llegado a sus manos. Le exigiría una explicación... ¿Y qué explicación podría darle?

Desde luego, ninguna convincente.

Myra era inteligente, muy inteligente. Demasiado para que pudiera permitirse el lujo de mentirle en un asunto como ése.

Al llegar al vestíbulo se detuvo igual que herido por un rayo.

Sobre la mesilla de cristal en que la sirvienta acostumbraba a dejar la correspondencia había una carta.

La letra del sobre era inconfundible. No necesitó más que un vistazo para reconocerla.

Tomó el sobre con mano temblorosa y subió a su dormitorio casi corriendo.

Allí lo abrió.

Al igual que el otro, éste contenía una cuartilla con una sola línea escrita:

«¿Quién era el cuarto?».

Mudo de estupor, trató de comprender semejante pregunta, pero fracasó.

Si se trataba de un chantaje la cosa no tenía sentido.

Excepto, quizá, demostrarle que quienquiera que fuera que escribía los mensajes, sabía que fueron cuatro en aquella ocasión..., el único de los cuales que seguía viviendo en Newton Lake era él.

Guardó el mensaje en un bolsillo. Realmente, sentía un agudo malestar que le descomponía.

Cuando regresó junto a su esposa, en la piscina, necesitó de toda su capacidad de disimulo para que ella no notase su alteración, su nerviosismo..., ni el pánico que se había aposentado en su mirada.

CAPÍTULO IV

A partir de ese día, los mensajes llegaban diariamente, implacables, corrosivos cual un ácido diabólico que fuera minando sus defensas.

Pierce era un excelente abogado. Intentó descifrar el misterio, averiguar, si le era posible, quién los mandaba, o desde dónde.

Los matasellos de las cartas no le sirvieron de nada, porque cada una de ellas fue depositada en un buzón diferente, a veces distante millas uno de otro.

Tampoco el papel ni los sobres le aclararon ninguna duda. Era papel corriente, como se vendía en todas las papelerías y tiendas de la ciudad.

Y la letra, a juzgar por las incompatibilidades de un mensaje en comparación con el otro, falseada por una mano que adoptaba todas las precauciones requeridas por la prudencia.

Eric Pierce, en una semana, había envejecido diez años. Adelgazaba, su tez se había vuelto macilenta y sus ojos brillantes, como si estuviera consumido por la fiebre.

Había ocasiones en que creía estar siendo vigilado de modo implacable por alguien incorpóreo, alguien que estuviera en todas partes, acechándole.

Al octavo día después del primer mensaje, su esposa dijo, preocupada:

—Deberías hacer que te visitara el doctor, querido. Cada día tienes peor aspecto.

Él sacudió la cabeza. No había ningún médico capaz de aliviarle aquella dolencia.

No obstante, murmuró:

—Iré a ver a Robert en cuanto tenga un minuto libre...

—¿Qué es lo que te sucede en realidad?

—No lo sé..., los nervios, supongo.

—Has perdido el apetito, apenas hablas y te has vuelto sumamente irritable. Eso no puede seguir así, Eric.

—Lo sé, lo sé...

—Entonces, pídele hora al médico de una vez.

Él calló y la cena transcurrió en silencio.

—Olvidaba decirte que mamá me ha llamado esta tarde —dijo Myra de pronto—. Quiere que vaya a pasar un par de días con ella.

—¿Para qué?

—Está preparando la fiesta de sus bodas de oro y quiere que la ayude. Ya sabes cómo es mamá..., querrá organizar una reunión monstruo, de la que se hable durante meses.

—Seguro..., no cabe duda. Muy bien, querida...

—Iré mañana si no te parece mal.

—¿A mí?

—Quiero decir, encontrándote indispuesto y todo eso. Si crees que me necesitas a tu lado, le diré a mamá que...

Él ya estaba sacudiendo la cabeza.

—De ningún modo —la atajos—. Puedes ir, naturalmente. Lo mío no es nada tan grave que no pueda soportarlo yo solo. Te prometo que visitaré al doctor mañana mismo.

Así fue cómo Eric Pierce quedó solo en la gran casa.

En cierta forma eso le alivió, porque anulaba el riesgo de que Myra pudiera interceptar alguno de los malditos mensajes que continuaban llegando sin tregua.

Había cerrado la noche cuando llegó a casa al día siguiente.

Cerró el garaje y recorrió el sendero hacia la entrada. Como ya era costumbre, había recibido un nuevo mensaje idéntico a los anteriores.

Había sido como otro golpe a su ya debilitada coraza. Notaba el pánico adueñarse de él con una sensación viscosa, de reptil.

Dudaba ya de que se tratara de un chantaje, porque cada una de aquellas cartas contenía solamente la misma frase. No pedían nada, no exigían suma alguna de dinero. Sólo le pedían que recordara la cabaña del lago... y quién era el cuarto.

No tenía sentido, como no fuera un sentido tan siniestro que Pierce se negaba obstinadamente a pensar en él siquiera.

La sirvienta negra le anunció qué la cena estaría servida en unos minutos.

Él gruñó:

—No voy a cenar esta noche. Cuando lo hayan hecho, usted y la cocinera pueden acostarse.

Subió a su cuarto. Desde que el pánico había hecho presa en él, siempre llevaba encima un revólver de cañón corto. Lo dejó sobre la mesilla de noche y después entró en el baño.

El agua alivió sus tensos nervios, y al frotarse enérgicamente con la toalla recobró parte de su energía.

Se enfundó en un pijama y regresó al dormitorio.

El hombre alto estaba sentado en la butaca y le miraba con sus ojos en los que parecía burbujear un fuego oculto, pronto a convertirse en llama.

Eric Pierce se quedó petrificado ante la aparición. Notó una corriente de hielo culebrear por su espalda y boqueó un par de veces antes de hallar la voz.

—¿Quién... quién diablos es usted?

El otro sólo le miró.

—¡Vamos, responda! —gritó.

Sus ojos fueron de modo incontenible hacia la mesilla de noche.

El revólver continuaba allí. El intruso no se había percatado de la presencia del arma.

Suspiró. Tenía una buena oportunidad después de todo.

Entonces, el hombre alto de rostro curtido, dijo:

—He cambiado, desde luego, pero créi que me reconocerías.

Le miró con más atención.

Era alto, de hombros fuertes. Pero en lo que más se fijó fue en su cara.

Tenía una piel curtida y tostada, muy oscura. El cabello, que llevaba bastante largo, era gris en las sienes. Se dijo que era imposible adivinar la edad de aquel hombre.

—No le he visto a usted en mi vida —masculló—. Supongo que es usted el autor de los mensajes.

—Sí.

—¿Por qué, maldito sea, por qué?

—He oído decir que eres un abogado muy inteligente. Deberías adivinarlo sin dificultad, Pierce.

—¿Chantaje? Naturalmente... Primero se ablanda a la víctima, y después se empieza a sangrarla.

—¿Realmente?

—¿Cuánto quiere?

Una extraña sonrisa aleteó en los labios del intruso.

Una sonrisa que más pareció la mueca de un lobo.

—¿Cuánto ofreces, Pierce? —murmuró.

—No soy millonario.

—Pero eres un hombre rico. Y te casaste con el mejor partido de todo el condado. La familia de tu mujer posee millones.

—Ha estado investigando, ¿eh?

Comenzó a pasearse de un lado a otro, nervioso, pero también para poder aproximarse a la mesilla de noche sin levantar las sospechas del otro.

—Hice algunas averiguaciones, desde que llegué —confesó el hombre alto—. ¿Cuánto, Pierce?

—Bueno... ¿Cinco mil?

—Valoras tu vida en muy poco.

—¿Mi vida? —estalló—. Mi vida no tiene nada que ver con eso. No nací ayer. Si me hiciera algún daño podría despedirse de cobrar un solo centavo.

—Sube más..., mucho más, Pierce.

Éste había llegado a dos pasos del revólver.

—Diez mil. No puedo disponer de más dinero en efectivo en estos momentos.

—Tienes doscientos siete mil dólares en tu cuenta del Banco. Y podrías reunir hasta medio millón si realmente te lo propusieras. ¿No serías capaz de pagar quinientos mil dólares por salvar la cabeza?

—Está usted loco.

Dio un salto y atrapó el revólver, volviéndose como una centella.

—¡Así está mejor! —jadeó—. De modo que quinientos mil dólares...

—Era sólo una manera de hablar, de comprobar cuánto apreciabas la vida.

—¿Y qué crees que sucederá ahora?

—Bien, digamos que se hará justicia. Tardía, pero justicia al fin.

Una risa nerviosa asaltó al abogado mientras balanceaba el arma ante las narices del intruso.

—De eso puedes estar seguro —jadeó, excitado—. Una justicia

perfectamente lógica...

—Mejor será que dejes de jugar con ese petardo, Pierce.

—Sólo cuando lo haya vaciado en tu barriga. Sólo por el infierno que me has hecho vivir durante estos días mereces que te mate.

El hombre alto sonrió otra vez, de aquella manera extraña que producía escalofríos.

—Eso no te serviría de mucho, digo yo —murmuró.

—Sólo quiero saber cómo lo averiguaste. ¿Habló alguno de los, otros tal vez, fue así como lo supiste?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Pierce —dijo suavemente—, ¿quién era el cuarto?

—¡Maldito seas!

El revólver tembló en su mano. Jadeó como si estuviera realizando un gran esfuerzo y luego dijo, como hablando para sí mismo:

—Todo el mundo me creerá; diré que te sorprendí robando y qué al intentar detenerte me saltaste encima. No pude hacer otra cosa que disparar..., eso es...

—De modo que vas a asesinarme.

—No puedo hacer otra cosa.

—No creo que eso te resulte tan divertido como cuando asesinaste a Jennie.

Pierce sufrió un violento sobresalto, como si le hubieran golpeado.

Rechinando los dientes, tiró del gatillo con frenesí.

No sucedió nada.

Sólo el chasquido del percutor al caer sobre una recámara vacía.

El hombre estaba sonriendo. Sus dientes brillaban como los de un animal de presa.

—Lamento que me tomases por idiota, Pierce. Vacié el revólver cuando entré —dijo solamente.

Pierce emitió un quejido, mirando la inútil arma como si la viera por primera vez en su mano.

El hombre se levantó despacio, con una lentitud amenazadora.

Poseía una extraña agilidad, una fuerza latente como la de un gran muelle en tensión.

—Voy a decirte mi nombre, Pierce, y después te mataré —dijo con la misma desapasionada calma con que había hablado hasta

entonces.

—Tú..., tú..., maldito...

—Steve Grey. ¿Recuerdas?

Pierce dio un saltó atrás igual que si viera una serpiente venenosa ante él.

—¡No es posible! —jadeó.

—Pasé ocho años en el sanatorio, viviendo como un vegetal. Hicieron un buen trabajo conmigo. Ocho años, Pierce... Después me soltaron. No tenía un centavo, ni trabajo. Alguien me habló de los pozos de petróleo de Venezuela y me fui a trabajar allí. Necesitaba dinero, dinero suficiente para volver y buscar a cada uno de vosotros cuatro.

—¡Condenación!

Inesperadamente, desesperado, Pierce volteó el brazo y golpeó a su enemigo en un lado de la cabeza con el revólver.

Grey cayó hacia atrás con un gruñido y entonces el abogado escapó.

El vengador se levantó de un brinco y echó a correr tras él. Un hilillo de sangre se deslizaba por su mejilla.

Pierce volaba escaleras abajo. Descalzo, sus pies no producían el menor rumor.

Atravesó la biblioteca como un rayo, enloquecido, impulsado por un pánico irracional. Abrió el ventanal francés y salió al jardín ansiando que las sombras de la noche le protegieran de su implacable enemigo.

Oyó los pasos recios tras él y sintió que nacían alas en sus pies.

La gravilla del sendero del garaje le hirió cruelmente las plantas cuando corrió por ella. Quizá aún pudiera esconderse.

Los pasos sonoros de Steve Grey sonaron sobre la gravilla.

De pronto, Pierce recordó que en la reducida vivienda que había sobre el garaje, donde vivía el chófer las temporadas en que lo tenían, había un teléfono. Aún le quedaba una esperanza.

Redobló su carrera y subió las escaleras incapaz de razonar.

Entró en el piso y se precipitó hacia el teléfono.

Lo había descolgado y empezaba a marcar el número de la policía cuando los pasos de la muerte sonaron en la escalera.

Con un quejido, miró por encima del hombro. La sombra fatal se destacó en el umbral.

—¡No, maldito! —sollozó.

—Suelta el teléfono, Pierce. Nadie podrá salvarte... Voy a hacer contigo un buen escarmiento. En Venezuela me enseñaron a manejar el cuchillo... Nunca creí que con un pedazo de acero pudieran hacerse tantas cosas en un hombre.

Estaba loco, eso era. No había sanado ni mucho menos, pensó el abogado lleno de terror. Seguía estando completamente loco.

Se levantó dejando caer el auricular y retrocediendo paso a paso.

Pierce miró a su alrededor como un animal acorralado.

No tenía escapatoria. Nada con que defenderse de un demente armado de un mortífero cuchillo.

Sólo la ventana.

Estaba cerrada, por supuesto. Pero romper un gran cristal no ofrecía problema alguno.

Recordó las películas de televisión en que el héroe atravesaba una ventana cerrada como un rayo, escapando así de una muerte cierta.

Podía hacerlo.

Tenía que hacerlo.

Saldría con algunos cortes, sin duda, pero viviría.

El atacante dijo:

—Vi una vez a un hombre, en las perforaciones, al que un borracho había despedazado con un cuchillo. Daba náuseas; espero que cuando te encuentren los polizontes vomiten sobre ti.

—¡Maldito!

Dio media vuelta, corrió el corto trecho y doblándose saltó contra los cristales de la ventana.

Hubo como una explosión y el abogado desapareció.

Al instante se oyó un golpe extraño, fofo, y un espeluznante alarido que hizo estremecer la noche.

Grey se precipitó hacia la despanzurrada ventana, y lo que vio casi le echó atrás, espantado.

Pierce estaba ensartado en las agudas puntas de lanza de la verja como un gran insecto. Se estremecía a cada alarido que escapaba de su garganta, y cada estremecimiento hundía más y más las lanzas en su cuerpo.

Atónito, contemplando aquel final que él ni siquiera había

imaginado, Steve Grey permaneció en la ventana viendo agonizar a aquel hombre al que tanto había odiado. La sangre chorreaba por las barras de hierro hasta la tierra. El cuerpo atravesado de parte a parte era un espectáculo de un horror indescriptible, y, finalmente, Grey se volvió de espaldas, oyendo aún el agónico quejido que iba apagándose por momentos allá fuera.

Entonces oyó los pasos de las sirvientas que habían escuchado los alaridos y se deslizó escaleras abajo, perdiéndose en las sombras.

Como la negra sombra de la muerte volviendo a su reino de dolor y muerte.

CAPÍTULO V

—Nadie es lo bastante loco para suicidarse de una manera tan salvaje —masculló el teniente Evans.

Su jefe se encogió de hombros.

—Tal vez se cayó por la ventana entonces.

—Yo he medido el lugar pulgada a pulgada. Si se hubiera caído accidentalmente, sin ninguna duda habría caído al suelo, entre el garaje y la maldita verja. No, señor; el tipo se arrojó contra la ventana y con mucho impulso. Voló y fue a ensartarse en las lanzas. Siento que se me revuelve el estómago cada vez que pienso en lo que vi al llegar allá.

—Muy bien. ¿Cuáles son sus conclusiones? Y no me diga que ve en ello algún misterio, Harry.

—Pues se lo digo. Hay un misterio en este asunto.

—¿Pretende decirme que arrojaron al abogado Pierce a través de la ventana?

—Bueno...

—Si es así, haría usted bien en cambiar de oficio. Debiera darse cuenta de que no existe un ser humano capaz de levantar a un individuo alto y corpulento como Pierce, y luego arrojarlo como una pelota por los aires.

—Yo no dije que alguien le arrojara, jefe.

—Entonces, veamos su explicación.

—Eso es lo malo, que no tengo ninguna. Por lo menos, ninguna lo bastante verosímil como para darla por buena. Además, están todos esos mensajes que hemos encontrado en su despacho, esas notas incomprensibles.

—De momento, veamos qué piensa usted sobre el hecho material de la muerte del abogado.

Harry Evans se mesó los cabellos. Era un hombre joven, fuerte y de mente lógica. Era un entusiasta de su profesión, y había

realizado un curso de adiestramiento en la academia del FBI.

—Bien —murmuró al fin—; tenemos algunos datos que barajar. Eric Pierce estaba descalzo, vestido solo con su pijama. Sabemos que había llegado como una hora antes, diciendo a la sirvienta que no pensaba cenar. Subió a su cuarto, se duchó...

—¿Y...?

—Ahí empieza el asunto. Alguien debió perseguirle hasta el garaje.

El jefe de policía enarcó sus cejas cómo cepillos.

—¿De dónde saca usted que le persiguieron?

—Sólo el terror pudo impulsarle a precipitarse por aquella ventana. Pero no es eso solo. La sirvienta ha declarado que poco antes de oír los alaridos que las hicieron saltar a ella y a la cocinera, oyó pasos precipitados en las escaleras y después en la biblioteca... Pasos de pies calzados con zapatos, señor. Y no cabe ninguna duda de que Pierce iba descalzo.

—¿Es seguro ese dato?

—Completamente. Oyeron realmente unos pies calzados.

El jefe estaba perplejo, y Evans no lo estaba menos por su parte.

Añadió como remate:

—Las plantas de los pies del abogado estaban llenas de arañazos producidos por la gravilla del sendero, así que quien fuera que llevaba zapatos no fue él.

—Aunque demos esos datos por buenos, Harry, hay algo que no tiene sentido.

—¿A qué se refiere?

—A que Pierce era un hombre fuerte, corpulento. Practicaba deportes, ¿entiende? Quiero decir que no era fácil que se asustara así como así. Un hombre en sus condiciones físicas era muy capaz de defenderse de un enemigo cualquiera.

—Ya pensé en eso. Pero desde ocho o diez días atrás no era el mismo, según declaración de su esposa. Había cambiado mucho.

—¿Cambiado?

—Perdía peso, se mostraba irritable en extremo, apenas hablaba... En una palabra, parecía asustado. Y ahí es donde volvemos a los condenados mensajes.

Las cuartillas de papel estaban sobre la mesa del jefe. Las barajó descuidadamente, murmurando:

—«Recuerda la cabaña del lago» y «¿Quién era el cuarto?». No tiene pies ni cabeza.

—Deben tener algún sentido. Personalmente creo que son la clave del miedo de Pierce.

—¿Los ha analizado?

—Sin duda. No hay más huellas dactilares que las del propio Pierce. Lástima que no guardase también los sobres. Por lo que respecta a la letra, ha sido distorsionada, pero los expertos opinan que si algún día se puede cotejar con la de cualquier sospechoso podrán determinar si fue la misma mano la que la escribió.

—Eso no nos lleva muy lejos.

—Estuve haciendo algunas averiguaciones sobre esa cabaña, jefe.

—¿Existe realmente?

—Existió.

El jefe de policía levantó vivamente la cabeza.

—Hay algo en el tono de su voz, Harry, que...

—Bueno, puede tratarse de otra cabaña, qué duda cabe. Hay muchas alrededor del lago. Pero en una de ellas, hace diez años más o menos, fue asesinada una muchacha... Jennie. Yo empezaba entonces y recuerdo muy bien el asunto.

—Yo también, pero no vayamos a complicar demasiado las cosas. De esa cabaña no queda nada. Además, no veo qué relación tiene una cosa con la otra. El mensaje puede referirse a otras treinta o cuarenta cabañas del lago.

—Seguro. Lo mencioné porque fue en una de ellas donde ocurrió aquello.

—Olvídelo. Mejor dedíquese a buscar una buena explicación para la familia de Pierce. Y la de su Viuda. Ya sabe usted qué clase de gente son. Si se lo proponen pueden hacer que nuestros cargos bailen al extremo de un hilo.

Harry Evans hizo una mueca de disgusto.

—Lo sé perfectamente. Lo que no sé es qué decirles, como no sea que alguien persiguió a Pierce hasta la vivienda del garaje y que éste, impulsado por el terror, saltó por la ventana.

—Eso no les dejará satisfechos. Exigirán que encontremos al hombre que le persiguió, y tengo la corazonada de que nunca lo conseguiremos.

—¿Suicidio, entonces? —Gruñó el teniente, con repugnancia.

—¿Lo creerán?

—Me temo que no.

—¿Qué me dice de ese revólver descargado que encontraron en el piso encima del garaje?

—Era de Pierce, sin ninguna duda. Según su esposa, nunca había llevado armas, aunque conocía la existencia del 38, que solía estar guardado en un cajón de la mesa que hay en la biblioteca.

—Ya veo... Eso se llama un callejón sin salida. ¿No le parece?

Evans soltó un gruñido.

—Estoy realizando una investigación en los hoteles y casas de huéspedes. Quizá se trate de un forastero quien impulsó a Pierce a saltar por la ventana.

—O yo no le conozco a usted, o hay algo que se guarda en el buche, Harry —dijo el jefe, intrigado.

—Nada, solamente estoy preocupado por lo de esa cabaña.

—No vuelva a lo mismo. La muerte de aquella muchacha sucedió hace más de diez años, de la cabaña no queda nada y el asesino fue internado en un manicomio, si no recuerdo mal.

Harry Evans se levantó.

—Pensaré sobre eso —dijo con un gruñido.

—Píenselo pronto. La familia de Pierce están acuciándonos.

Evans salió cerrando de un portazo.

En su pequeña oficina empujó el sillón hacia atrás y colocó los pies sobre la mesa.

Si bien era cierto que nunca habían tenido grandes crímenes ni misterios apasionantes en Newton Lake, ésta era la primera vez que se consideraba impotente ante un caso de su incumbencia.

Cuando existe un crimen, hay un criminal en alguna parte. Ese axioma era inalterable fueran cuales fuesen las circunstancias del delito.

Sólo que esta vez no sabía siquiera si existía un crimen y un criminal. Dando por supuesto que el abogado hubiera saltado por la ventana por su propia voluntad, ¿dónde encajaba el criminal?

Sacudió la cabeza, disgustado; y encendió un cigarrillo.

Los mensajes... o el autor de los mensajes. Ahí estaba la clave, se repitió una vez más.

Y la cabaña... ¿Qué cabaña?

Se enderezó, expulsando una nube de humo.

Descolgó el teléfono realizando una serie de llamadas, que dieron como resultado que saliera disparado hacia la oficina de su jefe y entrara en ella sin acordarse de llamar.

—¿Qué infiernos ocurre ahora? —Gruñó el jefe de policía.

—Steve Grey abandonó el sanatorio hace más de dos años.

Acabo de averiguarlo:

—¿Grey? Maldita sea, Harry. ¿Quién es Grey?

—El loco.

La mente de su jefe necesitó realizar un par de piruetas para caer en la cuenta de quién era el misterioso loco.

—¿El asesino de Jennie?

—El mismo.

—De modo que le soltaron.

—Hace más de dos años.

—¿Adonde quiere usted llegar, Harry?

—Maldito si lo sé. Pero ahora sabemos que está libre.

—Y sólo porque cometió su crimen en una cabaña que ha desaparecido, usted lo relaciona con los mensajes, ¿eh?

—Ni lo relaciono ni dejo de relacionarlo. Es sólo una posibilidad.

—Bueno, que me cuelguen. ¿Y lo del cuarto hombre? Ese mensaje también se las trae, Harry. Piense en ello y déjeme en paz. ¿Sí?

—Está bien.

Salió del despacho. ¿De qué cabaña podía tratarse?

Cuando llegó a su oficina encontró las listas de forasteros inscritos en los hoteles, durante las últimas dos semanas. Nunca pensó que pudieran ser tantos.

Iba a ser un trabajo de chinos investigarlos a todos.

Tomó las listas y salió, descendiendo al sótano de la alcaldía, donde estaban ubicados los archivos.

—Toma, necesito que haga usted algo por mí —dijo al viejo encargado—. Busque en el cementerio que tiene ahí dentro cualquiera de estos nombres.

El viejo arrugó el ceño.

—Pues sí que... Bueno, ¿eso es todo?

—Quisiera saber dónde vivía Steve Grey. ¿Recuerda de quién se

trata? Mató a una chica en una cabaña, hace como diez años.

—Sí, ya sé. Eso es fácil. Espere.

Regresó poco después con un papel en el qué había anotado unas señas. Harry Evans salió cabizbajo, preguntándose por qué demonios aquello amenazaba convertirse para él en una obsesión.

Era casi mediodía cuando llegó frente a la blanca casa de verdes ventanas.

Se detuvo unos instantes, admirando el bien cuidado jardín. Después, empujó la pequeña puerta de madera y cruzó la verja, inmaculadamente blanca.

Una mujer salió antes que pudiera llamar al timbre.

—Le vi llegar desde la ventana —dijo ella, jovialmente—. Si vende algo, sea lo que sea, pierde el tiempo.

—¿Tengo cara de vendedor?

—Una nunca sabe. Buscan los tipos más raros para endosarnos lo que no necesitamos. Bueno, si no vende nada...

—Me llamo Harry Evans, señora.

Le mostró su placa y la mujer abrió tamaños ojos.

—¡Policía! —exclamó—. Es sorprendente.

—No se inquiete. Estoy realizando una comprobación de rutina.

—En la tele siempre empiezan igual —rió la mujer—. Después lo complican todo y una se encuentra envuelta en una ola de crímenes.

—Lo que ponen en la televisión no tiene nada que ver con la realidad.

—Lo creo. ¿De qué se trata, señor... éste... Evans?

—¿Desde cuándo habita usted aquí?

—¿En esta casa, quiere decir?

—Exactamente.

—Hace como seis años. La compramos a un agente de la propiedad.

—¿Sabe usted a quién perteneció anteriormente?

Ella asintió.

—Los Grey —dijo—. Oí contar su historia. Pobrecitos...

—Si lo sabe me ahorraré repetirla. Veamos... ¿Nadie les ha importunado en todo el tiempo que llevan ocupando la casa?

—No, nunca.

—Y en los dos últimos años, ¿han recibido alguna visita que les pareciera extraña, anormal?

Ella sacudió la cabeza.

—En absoluto. Como no fuera la de algún vendedor más molesto que los demás.

—No me refiero a esa clase de visitas. ¿No vino nunca nadie interesándose por los antiguos propietarios, en esos dos últimos años?

—No... Bueno, como no fuera el hombre alto y moreno...

Evans casi pegó un salto.

—¿Quién?

—Hace como ocho o diez días..., un hombre se detuvo al otro lado de la verja. Se quedó muy quieto, mirando la casa. Le pregunté si deseaba algo y me dijo que no.

—¿Y qué sucedió después?

—Nada. Me contó que en otros tiempos había conocido a los antiguos propietarios y que al pasar por la ciudad había querido comprobar si todo continuaba igual que entonces.

—¡Cristo, era él, seguro!

—¿Quién?

En lugar de responder, el teniente preguntó:

—¿Cómo era ese hombre?

—Bueno... Alto, tanto como usted. Hombros poderosos, usted sabe, como esos atletas que salen en la tele. Y tenía la piel muy curtida y oscura, como si hubiera permanecido mucho tiempo en los trópicos.

—Cabellos, ojos... ¿Qué más recuerda de él, señora?

—Llevaba el cabello bastante largo. Y recuerdo que lo tenía gris en las sienes. Un hombre muy apuesto, de los que interesan a las mujeres. Sus ojos eran grises, muy claros.

Dejó escapar una risita y Evans hizo una mueca.

—¿No dijo nada más?

—En absoluto. Casi me dejó con la palabra en la boca cuando se marchó apresuradamente.

—Creo que eso es todo, señora, muchas gracias. Regresó a su oficina sin poder explicarse por qué estaba tan excitado.

Escribió a máquina una descripción del desconocido, alto y de piel curtida, y mandó sacar copias. Después llamó al sargento de servicio.

—Mande algunos hombres a recorrer los hoteles —ordenó—.

Que lean esta descripción a los empleados por si les recuerda a alguno de sus huéspedes.

—La gente de los hoteles van a pensar que andamos a la caza de Al Capone —rezongó el sargento—. Nunca se les había importunado de ese modo.

Y se fue.

Harry Evans esperó durante horas, perdido en un mar de dudas que le desesperaban.

¿Quién había perseguido a Eric Pierce aquella noche?

¿Por qué un hombre como el abogado, fuerte, influyente, bien situado en todos los órdenes, se había dejado dominar por el terror hasta el extremo de arrojarle por aquella maldita ventana?

Y lo que no tenía tampoco explicación y parecía un absurdo, pero que a él le obsesionaba.

¿Qué relación tenía eso con lo sucedido diez años atrás en una vieja cabaña del lago?

«Posiblemente nada», pensó. Pero era lo único que tenía entre manos.

A las once de la noche llegaron los primeros informes.

Un hombre que respondía a las señas que él había distribuido estuvo alojado en el Palace, pero ya no estaba allí.

Había cancelado su cuenta el día anterior y nadie sabía qué dirección, tomó al marcharse.

Eso fue todo lo que el teniente Harry Evans, de la policía de Newton Lake, consiguió saber del misterio que se había convertido en una obsesión.

Eso, y el nombre del forastero:

Jim Nelson.

CAPÍTULO VI

Era una muchacha que incluso en Miami, donde las bellezas proliferan con tanta profusión como las palmeras, resaltaba por méritos propios.

Su cuerpo era estilizado, pero no lo bastante como para que sus inequívocos encantos pasaran desapercibidos.

Su piel dorada por el sol empezaba a adquirir la suficiente oscuridad para compararla con una figura de bronce. Sobre ella, el brevísimo bikini de un color amarillo vivo, hería los ojos.

Tenía el vientre suavemente combado, terso, y unas caderas con la curva precisa para sostener la pieza inferior del bikini, que se iniciaba muy abajo.

Tenía extendidas las largas piernas y los brazos descuidadamente caídos a los lados de la tumbona.

Ladeando la cabeza perezosamente, murmuró:

—No te comprendo. Dijiste que estabas de vacaciones.

Él se incorporó sobre un codo.

—Realmente, así es.

—Entonces, ¿por qué...?

—Voy a ver si aprovecho cualquier oportunidad, a pesar de mis vacaciones, eso es todo.

—¿Sabes una cosa, amiguito? Eres un perfecto búho, ni más ni menos.

Él rió. Su risa no era demasiado alegre.

La muchacha abrió los párpados y dejó resbalar su mirada como si lo viera por primera vez.

Era un hombre alto, musculoso, con un tórax en el que destacaban poderosamente los músculos pectorales.

Toda su piel era oscura y curtida como la del rostro. Había dos largas cicatrices en su costado, que hablaban de violencia quizá...

—De todos modos —runroneó ella—, eres un búho muy

atractivo. Lo malo de ti es que lo sabes.

—Estás diciendo muchas tonterías esta mañana, Maggy.

—Tengo mal día.

—¿Por qué?

—Cualquiera sabe. Un ataque de romanticismo o algo así, creo.

—¿Y eso es malo?

—Fatal para una chica como yo.

Él hizo una seña a un camarero que se deslizaba entre las mesas y los parasoles esparcidos alrededor de la gigantesca piscina.

—¿Qué deseas beber?

—Un ginilett bien frío.

—Que sean dos, por favor.

El camarero se fue haciendo equilibrios con la bandeja.

—Podría enamorarme de ti. Lo sabes, ¿no es cierto? —dijo ella, cambiando de postura y haciendo más seductor aún su cuerpo expuesto al sol.

—¿Leíste eso en algún libro?

—¿De veras no eres un hombre rico, Jim?

—Ya te conté mi biografía.

—Bueno, todo es igual en este sucio mundo. Los sueños nunca se realizan como una quisiera.

—¿De qué estás hablando?

—Olvidalo.

Cerró otra vez los ojos hasta que el camarero trajo las bebidas.

Ella tomó unos sorbos y después la abandonó, tumbándose con todo su largo cuerpo buscando una postura más cómoda.

Él estaba bebiendo cuando descubrió el hombre encaramándose al trampolín.

Tendría unos treinta años, era delgado y su cuerpo aún no había adquirido el color tostado de los que ya llevaban algún tiempo en Miami.

Los ojos del hombre alto se habían clavado en él como dardos, olvidado de la bebida.

Le vio tomar impulso y después saltar con bastante torpeza. Se hundió como un plomó, para salir un poco más allá sacudiéndose el agua de la cabeza.

Él se incorporó sin darse cuenta. Le vio nadar hasta el borde de la piscina, donde descansó unos instantes. Luego saltó arriba y una

mujer acudió junto a él para ofrecerle una gran toalla.

—¿Puede saberse qué diablos estás mirando?

Se volvió hacia Maggy.

—¿Decías...?

—Pensé que habías visto a otra mujer más hermosa que yo, pero por mucho que me esfuerzo no veo ninguna. Entonces, ¿qué te llama tanto la atención?

—Creí haber visto a un conocido, pero me equivoqué.

—Me gustaría que de vez en cuando me prestases un poco más de atención.

—¿No temes que si lo hago espante a los lobos?

—Al contrario, se interesaran más por mí si tienen el placer adicional de quitarle la chica a un tipo tan apuesto como tú.

—Tienes la experiencia de una vieja.

—Debiste terminar la frase, querido.

—¿Terminarla?

—Ajá. La experiencia de una vieja buscona.

—Tienes una manera de hablar que le deja helado a uno.

—Cada cosa por su nombre.

—Tú no eres una buscona.

—Ni una vieja, claro. Pero a lo primero me aproximo mucho. ¿O no?

—Vete al infierno, linda.

Ella se echó a reír.

El hombre alto se levantó apurando la bebida que quedaba en su vaso.

—Ya no soporto más este calor —dijo—. Voy a darme una ducha y después buscaré un lugar fresco. ¿Nos veremos más tarde?

—Si no cazo ninguno de esos lobos hambrientos que deambulan por aquí, sí. Me encantaría comer contigo.

Con un gruñido él se alejó.

Sólo que no fue a ducharse ni mucho menos a vestirse.

Se quedó cerca del bar de la playa, semioculto en una maciza palmera. Estuvo fumando hasta que vio al hombre que saltara del trampolín dirigirse a los vestuarios.

Entonces caminó tras él, frotándose en la toalla como, si saliera de la piscina.

También coincidieron en el elevador, y más tarde en el pasillo

cuándo ambos descendieron a la planta noble del hotel.

Allí, el recién llegado a Miami, saludó con grandes ademanes a un matrimonio que al parecer había estado esperándole.

El hombre alto se dirigió al mostrador y estuvo allí largo tiempo, bebiendo y fumando, dejando vagar su mirada de un lado a otro con desapasionado interés.

Vio llegar a la mujer de la toalla y reunirse con ellos.

Más tarde, apareció Maggy en compañía de un caballero de mediana estatura, cabellos grises y aspecto impecable.

Ella le guiñó un ojo disimuladamente.

Sin saber por qué razón se sintió súbitamente a disgusto en el bar, de modo que se fue sin rumbo determinado esperando la hora de entrar al comedor.

Sentía la excitación de aquella apasionante caza adueñarse de él y de sus sensaciones.

Ahora ya tenía una nueva pieza a tiro.

El acecho había comenzado.

Aquélla noche dio los últimos toques a su proyecto, puliéndolo, analizándolo hasta su más insignificante detalle.

De su éxito dependía todo.

Vivir o morir.

Obtener la venganza o el fracaso.

Satisfacer el odio que le impulsaba como una fuerza diabólica hacia un fin que no quería detenerse en analizar.

Empezó a escribir el primer mensaje.

CAPÍTULO VII

«Recuerda la cabaña del lago».

La mujer se quedó perpleja con la cuartilla en la mano.

Le dio vueltas, esperando hallar una explicación al incomprensible mensaje. Después, con un bufido de disgusto, dejó el papel sobre la mesilla y terminó de componer su tocado.

Era una mujer sin encantos determinados. Delgada, casi huesuda, tan sólo resaltaba en ella la altivez, la dureza de su mirada y el rictus voluntarioso de sus labios finos y duros.

Sabía vestirse con elegancia, eligiendo con exquisito cuidado cada una de sus prendas. Eso, en una mujer con su carencia de atractivos, era primordial.

Oyó a su marido salir del baño canturreando. Charles Summers no resultaba un hombre brillante; pero sí efectivo manejando los ingentes intereses de su suegro.

Ella dijo, con su voz rotunda:

—Faltan quince minutos, Charles. Siempre ocurre lo mismo cuando tenemos una cita.

—Estaré listo en mucho menos tiempo —rió él, apareciendo en el dormitorio.

Se había envuelto el cuerpo de la cintura para abajo con una toalla de baño. Se aproximó a su mujer y la besó en la nuca.

—No te enfades, mi amor. Ya sabes que soy un rayo vistiéndome.

—Los Stockton estarán esperándonos. Ya sabes que el gran interés que tiene papá en que Stockton invierta en sus empresas.

—No lo he olvidado. Si de mí depende, puedes jurar que ese viejo zorro está en el bote.

Ella se volvió en redondo.

—Charles, me gustaría que cuidaras mejor tu lenguaje: No me gusta en absoluto oírte hablar así.

—Son sólo pequeñas expansiones, ya lo sabes.

—Ni así puedo soportarlas.

Él se encogió de hombros. Por alguna razón se le había agriado el humor, cosa que solía sucederle muy a menudo cuando discutía con su esposa.

Ella remachó:

—Tampoco puedo soportar esa manía tuya de aparecer de pronto envuelto sólo con una toalla... es... es algo obsceno.

Él soltó un bufido.

—Está bien —rezongó—. Me pondré el *smoking* para salir del baño. ¡Cuernos, Lora! ¿No estamos casadas o qué?

—¡Por favor!

—Está bien, está bien...

Arrojó la toalla a un lado y empezó a vestirse. Su mujer le volvió la espalda desdeñosamente.

Acabó de abrocharse la camisa y caminó hacia el tocador, donde Lora había dejado su corbata de lazo.

Entonces vio la cuartilla. La leyó distraídamente mientras se colocaba la corbata.

Repentinamente se quedó rígido.

«Recuerda la cabaña del lago,»

Hubo como un estallido de chispas ante sus ojos. Se tambaleó y sus piernas se aflojaron.

Cuando su mujer regresó, lo encontró sentado ante el tocador, inmensamente pálido, con las manos caídas a los costados y la mirada perdida en algún punto ignoto.

—¡Pero, Charles! ¿Sabes la hora que es?

Él sacudió la cabeza.

—Éste..., no sé qué me sucedió...

—¡Apresúrate!

Se levantó. Sus piernas continuaban estando muy flojas.

—Temo que tendrás que ayudarme a anudarme el lazo... Me siento muy torpe esta noche.

Ella hizo lo que le pedía con dedos nerviosos. Cuando terminó, casi lo empujó hacia atrás.

—Ya deberíamos estar abajo, en el comedor...

Él se tambaleó.

Decidiéndose de pronto, murmuró:

—Oye, esa nota...

—¿Qué nota? Oh, eso. ¡No lo sé! Llegó con el correo. Algún estúpido bromista. O un error.

Él sabía que no, se trataba de un error. Había algo en el breve mensaje que le producía escalofríos.

Era el pasado. El atroz pasado que volvía inesperadamente con la fuerza del destino, tan implacable como la muerte.

—¡Charles!

Había vuelto a quedar inmóvil, sumergido en el huracán de sus temores.

Se enfundó en la impecable chaqueta. Ella abrió la puerta y el hombre derrotado, hundido en un mar de incertidumbre, la siguió con el mismo entusiasmo con que un condenado a muerte caminaría rumbo a la cámara de gas.

Al día siguiente, Charles Summers se hallaba en el bar engullendo su quinto *whisky* doble cuando un botones del hotel apareció voceando su nombre.

Le hizo una seña y el muchacho le ofreció un sobre.

—Alguien lo depositó en recepción para usted, señor.

Lo tomó con dedos que temblaban. Casi podía adivinar su contenido.

Le dio unas monedas al botones y rasgó el sobre.

Se había equivocado. El mensaje era tan escueto como el que recibiera su esposa el día anterior, sólo que su texto variaba.

«¿Quién era el cuarto hombre?».

Estuvo a punto de caerse del taburete.

No se le alcanzaba el significado de aquellas frases.

Si se trataba de un chantaje, éste que acababa de recibir no encajaba en ninguna parte.

—¡Otro *whisky*! —jadeó.

El alcohol no le devolvió el valor que se le había esfumado mucho antes.

Estrujó el papel y lo metió en su bolsillo. El sobre lo arrojó al otro lado del mostrador.

Bebió el *whisky* de un trago, como si fuera una medicina desagradable. Después se encaminó a recepción.

El empleado le dedicó una sonrisa profesional.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Summers?

—Bueno, no lo sé. Un botones acaba de entregarme un mensaje.

—Efectivamente. Yo mismo se lo mandé.

—¿Quién lo trajo?

—En eso no puedo ayudarlo. Debieron depositarlo en un momento en que yo estaba muy ocupado. Lo encontré aquí encima, eso fue todo.

—Entiendo. Gracias de todos modos.

Regresó al bar completamente hundido. Nunca había sido un hombre de empuje, dejándose llevar por el destino y aceptando todo lo bueno que la suerte pusiera al alcance de sus manos.

Uno de esos golpes de suerte fue su mujer.

Con ella se casó también con una fortuna y un cargo de ciento cincuenta mil dólares al año.

Había alcanzado cuanto pudo ambicionar, aunque hubiera sido a costa de renunciaciones.

—¡Charles!

Se volvió sobresaltado.

Lora estaba plantada ante él, rígida, acusadora, mirando el vaso vacío y su aspecto macilento.

—¿Es que has perdido la razón? —le recriminó—. Sabes que detesto que bebas de ese modo.

—Ni siquiera sabes cuánto he bebido.

—Es suficiente con verte la cara. Vamos, salgamos de aquí.

Se volvió, altiva, fría, rígida como una tabla.

Él la siguió y por primera vez desde que se casó con ella la odió con una fuerza tan terrible que se asustó.

«Recuerda la cabaña del lago».

—Empiezo a cansarme de esa broma estúpida —farfulló Lora, arrojando la cuartilla a un lado—. Hace cuatro días que llegan regularmente estas tonterías.

Él recogió el papel. Sus dedos temblaban violentamente.

Leyó la escueta frase.

Sé volvió de espaldas por temor a que ella viera la terrible alteración de su rostro.

La oyó tras él, desvestiéndose.

Ya no podía soportar más. La incertidumbre había minado su

resistencia convirtiéndole en un manojito de nervios sin control.

—Voy a bajar un momento —dijo, de pronto.

—¿Adonde? ¿Al bar otra vez?

—He terminado el tabaco.

—Pídelo por teléfono... ¿Qué te ocurre de unos días a esta parte? Estás más nervioso que un gato.

Él salió y cerró tras sí de un portazo.

En el bar bebió dos *whiskys* como si tuviera prisa en emborracharse. Después compró un paquete de cigarrillos, consultó un número, de teléfono en su carnet de notas y, encerrándose en una cabina, pidió hablar a larga distancia.

Cuando se estableció la comunicación, oyó una voz gangosa.

Él dijo precipitadamente:

—¿Pierce? Quiero hablar con Eric Pierce, por favor.

Hasta él llegó una suerte de jadeo.

—¿El señor Pierce, dice usted? —Aquella voz tenía un tono extraño que le impacientó.

—¡El abogado Pierce, en efecto! ¿Quiere avisarle de una vez?

—Lo siento, señor. El señor Pierce murió.

—¿Qué?

—Murió —repitió la voz gangosa, seguramente perteneciente a una sirvienta negra—. Espere un minuto, señor, y avisaré a la señora Pierce.

—¡No, espere!

—¿Sí, señor?

—¿Cómo murió Eric?

Hubo una corta pausa.

Lo que oyó a continuación hizo que se le erizara el cabello y que un frío glacial recorriera cada uno de sus miembros, dejándolos tan rígidos como tablas.

Colgó lentamente, desmadejado contra la pared de cristal.

Las palabras escuchadas por teléfono martilleaban en sus oídos una y otra vez. Tantas veces, que en su imaginación podía ver el horrible cuadro de un hombre ensartado bárbaramente por las agudas puntas de lanza de una verja de hierro.

La sirvienta negra asomó la cabeza por la puerta. Harry Evans dijo:

—Entre.

La mujer entró y cerró cuidadosamente a sus espaldas. Sus grandes ojos oscuros semejaban bolas de cristal.

—Usted me dijo que le avisara si sucedía algo, señor teniente.

—Eso dije.

—Anoche...

—¿Sí? Pero siéntese, por favor.

Ella obedeció. Estaba nerviosa por aquella visita a las dependencias policiales de la alcaldía.

—Anoche llamaron por teléfono —dijo.

—¿Quién?

—No lo sé. Era alguien que quería hablar con el señor Pierce.

—Bueno, alguien que ignoraba su muerte, tal vez.

—No era de la ciudad. Aquí, hasta los gatos saben que mi pobre señor murió de aquella manera horrible.

—Eso es cierto... Bueno, siga.

—El hombre no sabía que el señor Pierce estaba muerto. Me pareció como si estuviera muy alterado, usted sabe... quiso saber cómo murió el abogado Pierce y se lo dije. Oí como un grito y después nada.

—¿Colgó?

—El teléfono ya no volvió a hablar.

—Claro, claro... ¿A qué hora fue eso?

—Poco antes de las once.

—Si la llamada procedía del exterior quizá podamos localizarla. Eso es todo. Gracias, muchacha.

Ella se levantó y al quedar solo el teniente descolgó el teléfono. Habló brevemente y colgó.

Encendió un cigarrillo mientras esperaba. No cifraba muchas esperanzas en aquella gestión porque había transcurrido demasiado tiempo desde la noche anterior.

Cuando el teléfono sonó lo descolgó de un manotazo.

—Teniente Evans al habla —gruñó.

—Es sobre esa llamada, teniente.

—¿Sí?

—Procedente de Miami a través de la central de Bounder.

—¿Eso es todo?

—Hemos pedido a Bounder si les es posible saber desde qué

teléfono de Miami la realizaron. Le mantendré informado.

—No deje de hacerlo.

Colgó intrigado. Cuando media hora más tarde volvió a sonar el teléfono, gritó:

—¡Aquí Evans!

—Ya lo tengo, teniente.

—Dispare.

—Hotel Seville, de Miami Beach.

—¿No hay ninguna duda?

—En absoluto. Bounder lo confirma.

—Ajá.

Colgó y salió disparado.

El jefe de policía revisaba unos complicados estados de cuentas de su departamento cuando el teniente irrumpió en su despacho como un ciclón.

—¿Puede dedicarme un minuto? —jadeó.

—Me gustaría que alguna vez llamara usted a la puerta, Harry. ¿Qué tripa se le ha roto?

—Quisiera ir a Miami, jefe.

—¡No me diga! Eso le encantaría a cualquiera, incluso a mí. He oído contar algunas cosas sobre las nenas que se reúnen allí en esta época del año.

—Hablo muy en serio. Es en relación con el caso del abogado Pierce.

—Harry, está diciendo tonterías. Hay dos mil millas de aquí a Miami. ¿Pretende, acaso, que el departamento le abone los gastos también?

—Bien, considerando que el viaje sería en comisión de servicio, eso sería lo correcto.

—Olvídelo. Ya hemos desbordado todos los presupuestos —dijo, enarbolando los documentos que estaba revisando—. Por otra parte, todavía no sé una palabra de lo que espera usted encontrar en Miami.

Evans le informó de lo averiguado en las últimas horas; Su jefe emitió un quejido.

—¡Y sólo por esa estupidez pretende que el departamento despilfarre una enormidad de dinero en su viaje de vacaciones! Harry, usted ha perdido la chaveta.

—Jefe, estoy seguro que es importante.

—Pero ¿no comprende que puede tratarse de cualquier otra cosa? Un amigo de Pierce, un cliente tal vez, qué sé yo. Todo, menos algo relacionado con su muerte.

—Escuche...

—¡Escúcheme usted a mí! —rugió su jefe—. Mi respuesta es no. ¿Está claro? ¡No!

—Muy bien, lamento haberle interrumpido.

Salió furioso, desesperado.

Claro qué sólo era una corazonada.

Pero era lo único que poseía en relación con aquel caso.

De modo que empezó a despilfarrar el dinero del municipio con múltiples llamadas a larga distancia.

CAPÍTULO VIII

Charles Summers dio un salto cuando oyó llamar a la puerta.

—Pase.

El botones asomó la cabeza.

—Mensaje para usted, señor.

Lo tomó. Casi notó alivio al tener el sobre en las manos. Había estado seguro que llegaría. Sólo le inquietaba que lo recibiera su mujer, porque el día anterior ya había amenazado con presentar una denuncia a la policía.

Y si los polizontes comenzaban a meter la nariz en el asunto, empezarían a escarbar en el pasado y ni siquiera se atrevía a imaginar lo que sucedería a continuación.

Lo leyó.

Como todos los demás. Lo único que variaba era el trazo de las letras, que eran cada vez más forzadas, más distorsionadas.

Echó un vistazo al sobre comprobando que éste había llegado por correo, con la indicación bien visible de «Urgente».

Moviéndose como un beodo, Summers caminó de un lado a otro del cuarto.

Desde la ventana podía ver la piscina, allá abajo, poblada de gentes felices y despreocupadas. Mujeres maravillosas riéndose, chapuzándose y jugando, en el agua como sirenas tentadoras.

Y los hombres admirándolas, trenzando citas, iniciando amores fugaces... Viviendo.

Summers era apenas una sombra de lo que fuera apenas unos días atrás, cuando llegó al hotel. El terror le atenazaba. No había una sola noche que pudiera conciliar el sueño sin la ayuda de poderosos barbitúricos.

Pero eso no solucionaba nada. Se preguntaba qué le esperaba, qué iba a suceder cuando el hombre que enviaba los mensajes decidiera actuar.

Inesperadamente repicó el teléfono produciéndole un vivo sobresalto.

Lo descolgó con dedos que temblaban igual que los de un viejo.

—Hable...

—¿Señor Summers? —preguntó una voz recia.

—¡Sí; sí! ¿Quién es usted?

—Teniente Morton, de la policía, señor.

Casi se derrumbó.

—No comprendo. ¿Qué desea usted, teniente?

—Estoy actuando a petición de mis colegas de una población llamada Newton Lake. ¿Efectuó usted una llamada telefónica a dicha ciudad hace dos noches?

Titubeó. No comprendía nada. Quizá fuera una trampa. El pánico le impedía razonar.

—Yo... éste... Sí, llamé, en efecto.

—¿A la casa, del señor Pierce, un abogado fallecido?

—Sí, pero yo no sabía que hubiera muerto.

—¿Puede decirme qué relación existía entre el señor Pierce y usted? Por supuesto, puede negarse a responder, señor Summers. O si lo prefiere, vendré personalmente a visitarle.

—No, no... Yo conocía a Pierce desde muy jóvenes. Yo nací en Newton Lake, ¿sabe? Aunque me marché hace ya años para establecerme en Carson.

—Comprendo. Otra pregunta que me han pedido que le formule. ¿Ha recibido usted algunos mensajes mencionando cierta cabaña en un lago?

Se quedó sin habla. Lo sabían. Y sólo podían saberlo a raíz de las investigaciones efectuadas en torno a la muerte de Pierce.

Sin duda, Pierce había recibido también idénticos mensajes.

—¿Sigue usted ahí, señor Summers? —insistió la voz del aparato.

—Sí, naturalmente. ¿Decía usted algo referente a mensajes?

—¿Los recibió usted, señor?

—No... este..., ningún mensaje.

—Está bien, eso es todo por el momento. Quizá deba volver a molestarle.

Colgó, temblando.

Eric Pierce había recibido también las mismas frases.

No eran amenazas siquiera, sin embargo resultaban mucho más terribles que si lo fueran.

El teléfono volvió a sonar. Lo descolgó maquinalmente.

—Aquí Summers...

—Sólo quería estar seguro de que estabas en la habitación, Charles.

Era una voz sin inflexiones, extraña, dura y metálica. Summers sintió un violento temblor sacudiéndole de arriba abajo.

—¿Quién... quién es usted?

—Pensé que tal vez me habías identificado a través de mis notas, Charles. Sólo yo, podía escribirlas.

—Pero... pero ¿quién... por qué?

—Ha llegado la hora de pagar. La vida de Jennie, ¿comprendes? O su muerte a cambio de vuestras vidas. Las de los cuatro. Y no puedes llamar a la policía, porque entonces se hará pública la verdad.

—¡Por el cielo! ¿Quién...?

—Steve Grey, Charles. He guardado un cuchillo especial para ti. Voy a arrancarte la piel a tiras..., poco a poco...

Una oleada de terror se apoderó de él, nublando su mente, poniendo un duro nudo en su garganta.

Sus ojos giraron en todas direcciones, rebosantes de pánico, como un animal acorralado buscando una salida que no existía.

Estaba atrapado. Gimió, encogido sobre sí mismo, sintiendo casi el atroz desgarrón del cuchillo en su cuerpo.

El teléfono había quedado mudo. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que la voz aterradora hablara a través del aparato.

Debía huir. Eso era.

Colgó de golpe. Escaparía aunque tuviera que abandonarlo todo.

Se dirigió a la puerta apresuradamente. Entonces, una llave se introdujo suavemente en la cerradura.

Con un quejido, enloquecido por el pánico, Summers lanzó un grito terrible, dio media vuelta y echó a correr hacia la ventana abierta.

Voló materialmente a través de ella. Un grito terrible, unánime, salió de mil gargantas quince pisos más abajo, cuando vieron volar aquel cuerpo hasta estrellarse con un terrorífico impacto contra el

pavimento de piedra.

El largo y espeluznante grito llegó perfectamente a oídos de Lora Summers cuando abrió la puerta de sus habitaciones y entró.

—¿Qué fue eso? —masculló entre dientes—. ¡Charles! ¿Estás ahí?

No obtuvo respuesta. Hasta ella llegaba un rumor sordo desde abajo. Se aproximó a la ventana y miró al abismo.

Vio a una multitud arremolinándose en torno a algo. Aquello no le incumbía en absoluto. Su marido sí.

«En el bar, como si lo viera», masculló.

Se dirigió a la puerta resueltamente, decidida a terminar con el bochornoso espectáculo de Charles bebiendo como un cosaco.

Cuando se alejaba por el pasillo se cruzó con un hombre alto, de poderoso aspecto y rostro curtido y oscuro, que la miró de una manera impertinente.

Al doblar el recodo lo perdió de vista. Colocó el dedo sobre el botón de llamada del elevador y lo dejó allí, dispuesta a hacer valer sus derechos.

Cuando llegó al bar lo halló desierto. Ni siquiera los mozos estaban en sus puestos.

Lora Summers ignoraba todavía que su marido ya jamás volvería a beber un solo trago, porque estaba convertido en una piltrafa informe, aplastado contra el suelo allá fuera, donde la multitud se agitaba como presa de un inusitado frenesí.

El teniente Evans leyó el informe de su colega de Miami y dio tal brinco que el sillón salió dando tumbos hasta estrellarse contra la pared.

Con las hojas de papel en la mano salió de estampida.

El jefe se había recostado confortablemente en su asiento y tras cerrar los ojos dormitaba beatíficamente.

El estrépito de la puerta al abrirse violentamente le despertó con un sobresalto...

—¡Condenación, Harry! —chilló—. ¿No aprenderá usted nunca a llamar a las puertas?

—¡Lea esto!

—Escuche, Harry...

—¡Léalo!

Furioso, tomó los papeles y empezó a leer. A medida que lo

hacía, un extraño temor culebreaba por sus miembros.

Cuando terminó, dijo con voz ronca:

—Tenía usted razón.

—Si hubiese podido ir quizá ese hombre todavía viviría.

Era un abierto reproche... Cabeceó, inquieto.

—Aquí dice que fue el propio Summers quién se arrojó por la ventana..., igual que Pierce. No lo comprendo...

—Miedo —dijo Evans—. Un: terror absoluto, incontrolable. Aunque no me pregunte qué lo produce porque lo ignoro. Esos mensajes deben ser la razón de que hombres hechos y derechos se comporten como dementes asustadizos.

—Daría cualquier cosa por saber de qué cabaña se trata.

—Sigo opinando que es la misma en que fue asesinada la muchacha —insistió el teniente Evans.

—Aunque así fuera, ¿qué tienen que ver esos hombres con algo que sucedió hace más de diez años? El culpable fue detenido, procesado y condenado. ¡Maldita sea! No creeré nunca que los dos casos tienen relación.

—Deje que vaya a Miami, jefe. Allí está la clave con toda seguridad.

—No puedo autorizarle, Harry, y usted lo sabe. No sin poder ofrecer una razón que justifique ese despilfarro ante el alcalde.

—Estamos dejando escapar nuestra mejor oportunidad.

—Lo siento.

Evans bufó lleno de ira.

Pero se quedó sin viaje.

De pronto, una idea acudió a su mente como un chispazo y corrió a su despacho. Realizó una llamada a su camarada de Miami y cuando lo tuvo al aparato, gritó:

—¿Morton? Aquí Evans, de Newton Lake.

—Hola. Estás tirando el dinero de los contribuyentes estos días. ¿Qué ocurre ahora? Supongo que leíste mi informe.

—¡Ya lo creo que lo leí!

—¿Te sirvió de algo?

—Aún no lo sé. Escucha, Morton, necesito que hagas algo más por mí.

—No eres tú nadie pidiendo cosas. ¿De qué se trata esta vez?

—Averigua si en el hotel Seville, o en cualquier otro hay alguien

alojado con el nombre de Jim Nelson. Si lo encuentras, lo detienes bajo mi responsabilidad.

—Eso no me parece muy ortodoxo, pero lo haré. ¿Dijiste Nelson?

—Jim Nelson.

—No nos llevará mucho tiempo.

—Hay algo más, compañero.

—Dispara, estamos aquí para servirte —se notaba el sarcasmo en la voz lejana del policía de Miami.

—Voy a leerte una descripción. Debe corresponder a ese Nelson, a menos que haya hecho algo para variar de aspecto. ¿Listo?

—Adelante.

Hizo la descripción del hombre alto, fuerte y moreno. Cambiaron unos saludos y después colgó.

Quizá con un poco de suerte aún pudiera esclarecer un doble misterio.

«Soñar no cuesta nada», hubiera dicho su jefe.

CAPÍTULO IX

Maggy cerró su equipaje y suspiró.

Tras ella, con una sonrisa, él dijo:

—Siempre supe que no eras una mujer consecuente.

—Estás burlándote.

—En absoluto. Pero: se me ocurre que abandonas muy pronto.

Ella se volvió mirándole.

—¿Lo lamentas?

Él se levantó.

—No es nada que me concierna, nena, ya te lo dije.

—Jim, por favor...

Él sacudió la cabeza.

—Debieras comprender que es imposible.

—¿Lamentas que haya mandado a ese buitre al demonio?

—No lo sé.

—Ni siquiera habló de casarse conmigo. ¡El muy cerdo! Sólo quería pasar sus vacaciones compartiendo la habitación conmigo.

—Nunca pensé seriamente que tú buscaras otra cosa.

—Por eso me has tratado siempre como a una... una...

—No lo digas.

—Por favor, Jim, llévame contigo.

Un chispazo centelleó en los ojos grises del hombre.

—No daría resultado, Maggy. Yo tampoco podría hablarte de matrimonio nunca.

Ella se le acercó. Su cuerpo se movía sinuosamente, como una serpiente tentadora.

—Todo lo que te pido es que me lleves a Las Vegas contigo.

Le rodeó el cuello con sus brazos desnudos. Sus labios temblaban cuando subieron al encuentro de los suyos.

—Maggy...

—Muy bien, tú ganas —cedió al fin—. Pero después no te

quejes.

Ella sacudió la cabeza.

Volvieron a besarse con tanta intensidad como si de aquel beso dependiera algo tan importante como vivir o morir.

Después, Jim se apartó y dijo con voz un poco ronca:

—Cuando abandones el hotel, toma un taxi y dile al chófer que te lleve a Everglades Place. Te recogeré allí dentro de un par de horas.

La muchacha asintió.

—Eres un encanto, querido. Lástima que no seas también un hombre rico...

Él abandonó la habitación. Una vez fuera se reprochó por haber cedido.

Él no podía dejarse atar por lazos de aquella clase con mujer alguna.

Pero la cosa ya no tenía remedio. Mascullando entre dientes, se confundió con la multitud que llenaba el *hall* a esa hora del día.

A través del teléfono, la voz del teniente Morton llegaba nítida desde Miami.

—Llegamos tarde, Evans. El hombre que se ajusta a tu descripción se alojó en el President con el nombre de Jim Duke. Todos los detalles coinciden. Al parecer no hizo nada para cambiar de aspecto. Los cabellos grises en las sienes deben ser naturales y no los tiñó.

Harry Evans soltó un juramento.

—¿Hay manera de localizarlo?

—Lo dudo, especialmente en esta época. Miami es un torrente de gentes que van y vienen, pero estamos intentándolo. Según el personal del hotel el tipo no tenía coche. Llegó en taxi y se fue andando. No llevaba más que una pequeña valija de mano...

—¡Maldita sea! Haz todo lo que puedas, Morton.

—Estoy haciendo más de lo que puedo, teniendo en cuenta que no hay ninguna acusación concreta contra ese individuo. He de moverme con cuidado para no dar un resbalón.

—Te lo agradezco.

—Volveré a llamarte si surge algo nuevo.

—Muy bien, Morton. Me encontrarás aquí.

La siguiente llamada se produjo dos horas más tarde.

—Ese Jim Duke fue visto en la piscina del hotel Seville —dijo el teniente Morton—. También frecuentó los bares de ese hotel... el mismo en qué se alojaba Summers y desde cuya ventana saltó al vacío.

—¡Condenación, es nuestro hombre!

—Frena, compañero. Recuerda que no se cometió un crimen, sino que Summers se suicidó. De eso no cabe la menor duda. Su propia mujer abrió la puerta de la habitación cuando él todavía estaba volando en el aire y no había nadie allí.

—Yo sé lo que me digo...

—Otra cosa, Evans; tu hombre tiene dos largas cicatrices en el costado derecho. Por lo que he sabido, pueden haber sido producidas con un cuchillo, tal vez en una pelea.

—Eso lo hace todavía más interesante. ¿Algo más?

—Nada. Tengo gente investigando en las terminales de autobuses, estaciones de ferrocarril y aeropuertos. También he destacado un par de muchachos en los muelles.

—No dejes de llamarme si encuentras alguna pista.

—Lo haré.

Pero ya no hubo más llamadas.

Los policías ignoraban que el hombre que conocían como Jim Nelson, o Jim Duke, viajaba rumbo a Las Vegas a bordo de un rojo «Mustang» convertible, en compañía de una adorable criatura que respondía al nombre de Maggy...

John Peters había dado muchos tumbos durante años, antes de recalar en Las Vegas.

Pero en el imperio del juego, había tenido suerte. Una suerte ayudada por su determinación de triunfar, su falta de escrúpulos y la estupidez ajena.

Propietario de un casino, un *cabaret* y un pequeño hotel de sucia reputación, era un individuo que se consideraba a sí mismo desnudo si al salir de casa no llevaba en una funda axilar un panzudo revólver «Colt Cobra» calibre 38, con el que había practicado lo suficiente para estar seguro de que, cuando llegase la ocasión de disparar la bala iría justamente donde él quisiera.

Tenía cuatro pistoleros a sus órdenes, engrosando su nómina, los

cuáles le ofrecían la suficiente seguridad para vivir relativamente tranquilo.

Por descontado que había tenido algunos tropiezos, especialmente durante los tiempos todavía recientes, en que el poderoso sindicato del juego había intentado atraérselo a fin de controlar también sus negocios.

Sólo que John Peters era un tipo resuelto y había resistido todas las presiones. Su único descalabro fue en aquellos agitados días la pérdida de dos de sus esbirros caídos ruidosamente en un tiroteo.

Tras esto, volvió la paz. A los jerifaltes del sindicato no les convenía tampoco provocar una batalla campal. Aparte de que eso asusta a los papanatas que van a dejarse los dólares en las mesas de juego, podía encrespar a la policía lo suficiente como para salir de su letargo.

De modo que Peters se había situado.

Era un hombre duro, tanto que no perdía ocasión de demostrarlo.

Como esa noche.

La muchacha rubia estaba acurrucada sobre el sillón, mirándole con ojos asustados.

—¡Te advertí! —vociferaba Peters—. Sólo que tú eres demasiado lista para hacer, caso del pobre Johnny.

—Estás equivocado —balbuceó la rubia—. Sólo bebí unas copas con ese hombre, en el bar...

Él volteó la mano y la bofetada restalló como un latigazo.

La muchacha dio una voltereta y cayó fuera del diván. Él le propinó un salvaje puntapié que la mandó rodando a mitad de la lujosa estancia.

—¡Largo de aquí, zorra!

Ella se levantó, sollozando.

—¡Me iré! —chilló—. ¡Claro que me iré...!

Se dirigió a trompicones hacia una puerta, pero él la detuvo.

—Te equivocas. La salida es por allí. Lo sabes muy bien.

—Sólo voy a recoger mis cosas. Nunca más volverás a verme siquiera.

—¿Tus cosas? —rió Peters—. Aquí no hay nada que te pertenezca. Todo fue comprado con mi dinero. ¡Largo de una maldita vez!

Ella le miró, aterrada.

—¡No puedo marcharme con lo puesto! ¿Qué clase de hombre eres?

—El mejor que hayas conocido nunca. No vas a llevarte de aquí ni el polvo siquiera. Andando, camina recto hasta la puerta y no vuelvas la cabeza o te arrojaré escaleras abajo.

Ella sabía que era muy capaz de hacerlo, de modo que hipando, sollozando, abandonó la lujosa vivienda y se perdió en la noche.

—A las mujeres hay que tratarlas con mano dura —cacareó, para obsequio de los dos guardaespaldas que habían presenciado la escena—. De mí no se ríe nadie.

Por primera vez en mucho tiempo, esa noche la pasó solo, durmiendo beatíficamente, sin que nada turbara su sueño.

Aunque no pudiera decirse que era el sueño de los justos precisamente.

A la mañana siguiente llegó el primer mensaje.

John Peters lo leyó, estupefacto. Por un instante sintió un ramalazo de terror. Después, maldijo en voz alta y lo arrojó a la papelera lleno de cólera.

A última hora de la tarde, mientras revisaba unas cuentas en la oficina del casino, llegó el segundo sobre.

Peters estuvo mirándolo mucho tiempo esta vez, tratando de desentrañar los propósitos de quien le enviaba retazos de su pasado.

Sólo fue capaz de llegar a una conclusión. En consecuencia, descolgó el teléfono y llamó a su abogado.

El escurridizo picapleitos llegó poco después.

—Lea esto, Doland.

El abogado dijo:

—No tiene ningún sentido para mí. ¿A qué cabaña se refiere y a qué lago?

—Eso no importa.

—Entonces, ¿para qué me ha llamado?

—Estoy seguro que se trata de un chantaje. Quiero saber qué puedo hacer si la cosa sigue adelante.

El abogado se recostó en la silla.

—Depende de muchos factores. Si fuera usted un poco más explícito yo podría aconsejarle con conocimiento de causa.

Peters soltó una sarta de maldiciones.

—Sin duda —gruñó al fin—, ese mensaje se refiere a algo que sucedió hace más de diez años, a centenares de millas de aquí. En aquélla ocasión fuimos cuatro...

—¿Cómplices?

—Llámelo como quiera. Eramos muy jóvenes y creo que perdimos la cabeza. Bien, nadie sospechó de nosotros y cargaron el mochuelo a un tipo chiflado... y ahora, alguno de los otros debe haber oído que estoy en buena posición y quiere una parte.

—¿Conoce usted el paradero actual de sus antiguos... este... amigos?

—No, pero eso debe ser fácil de averiguar.

—Bueno, en ésta nota no le piden ningún dinero. Habrá que esperar. ¿No hay nadie más que pueda tratar de sacarle el dinero valiéndose de eso que sucedió hace diez años, en una cabaña?

—Nadie en absoluto. Tiene que ser uno de los que estuvieron conmigo.

—Entonces, esperaremos. Deme los nombres de esos tres examigos suyos y haré unas discretas averiguaciones. Entretanto, veremos si llegan más notas semejantes.

Llegaron, por supuesto. A razón de dos cada día, una en el apartamento y otra en la oficina.

Idénticas, inquietantes.

John Peters estaba cada día más furioso. No tenía miedo, sólo una ira sorda que le impulsaba a desear tener al autor de los escuetos mensajes entre sus manos aunque sólo fueran cinco minutos.

Seis días después de su consulta con el abogado Doland, éste se presentó otra vez. Tenía el ceño fruncido y parecía muy preocupado.

—La cosa va en serio, Peters —anunció—. Antes que usted, Charles Summers y Eric Pierce recibieron mensajes semejantes, y ahora están muertos. Peters dio un salto...

—¿Muertos?

—Summers se arrojó desde una ventana del hotel Seville, en Miami. Se hizo pedazos contra el suelo. Pierce fue encontrado ensartado en las lanzas de la verja de su propio jardín.

—¿Ensartado? —balbució Peters.

—Atravesado de parte a parte. Y los dos estaban recibiendo esos

anónimos.

—No lo entiendo. ¿Sabe si trataron de chantajearlos?

—No, ni un centavo. Se han comprobado sus cheques y cuentas bancarias. No realizaron ningún pago fuera de lo acostumbrado.

—Es la cosa más absurda que oí en mi vida. Si no se trata de chantaje, entonces la cosa no tiene sentido. ¿Qué ha averiguado del otro?

—¿Frank Gauge? Nada. Reside en San Francisco. Posee una cadena de establecimientos en los que vende artículos de pesca y motores fuera borda. El negocio le va muy bien. Está casado y tiene dos hijas.

—Que me ahorquen... es el único que queda de los cuatro, excepto yo, naturalmente. Quiero decir, que es el único que puede haber escrito esas cartas..., pero no veo con qué objeto. Si es un hombre más o menos rico, no es lógico imaginar que vaya a complicarse la vida con un chantaje como éste.

—Personalmente, opino que él no tiene nada que ver con esos escritos.

—Entonces, ¿quién, maldita sea?

El abogado se encogió de hombros.

—Esperemos —dijo—. Tarde o temprano se verá obligado a descubrir su juego.

—Cuando eso suceda, le arrancaré la cabeza.

—No quiero saber nada de lo que usted vaya a hacer, Peters... Le mandaré la minuta de gastos cualquier día de éstos. Me ha costado una pequeña fortuna contratar a los detectives privados necesarios para reunir todos esos datos.

—Está bien.

Los mensajes siguieron llegando durante cuatro días más. Peters estaba dominado por la ira hasta tal punto que era incapaz de ocuparse debidamente de sus negocios.

Luego, aquella noche, recibió la llamada.

El hombre que hablaba, preguntó:

—¿Hablo con John Peters, de Newton Lake?

Sintió como una corriente eléctrica sacudirle de arriba abajo.

—Yo soy Peters. ¿Quién habla?

—¿Importa un nombre? Sólo quiero que sepas que soy el hombre que te matará.

—Si piensas matarme con tus mensajes ya vas listo —dijo resueltamente—. No sé cómo lo hiciste con los demás, pero conmigo equivocaste el camino.

—No lo creo, Peters. A los otros dos les reservaba un cuchillo especial. No tuve tiempo de utilizarlo siquiera, pero contigo eso no sirve, realmente.

—¡Ya puedes jurarlo, maldito bastardo! Espera que te eche la vista encima y ajustaremos cuentas.

—Será un placer, incluso contando con tus pistoleros. A propósito... Pierce y Summers me dieron el nombre del cuarto cómplice de aquella noche..., el cuarto hijo de perra que mancilló a Jennie..., pero no pude creerlos.

—El otro fue Frank Gauge, aunque maldito si eso me importa ahora. Sólo dime una cosa, desgraciado. ¿Por qué todo este lío?

—Porque yo iba a casarme con Jennie apenas dos meses después de aquella maldita noche.

—¿Tú? ¡Condenación, Steve Grey!

—Ni más ni menos.

—Ajá, ahora seré yo quien se dedique a buscarte. Vas a ver lo que es bueno.

—No tendrás tiempo, Peters. Tú morirás esta noche.

A pesar de considerarlo una bravata, el pistolero se estremeció.

La voz extrañamente tranquila del teléfono añadió:

—Ya no verás el próximo amanecer, Peters. No importa que te escudes detrás de tus matones. Esta noche morirás.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Furioso, llamó a sus cuatro guardianes, Dominándose en su presencia, ordenó:

—Esta noche va a venir un tipo que quiere cortarme en pedacitos. No sé cuándo llegará ni cómo tratará de aproximarse a mí, pero estoy seguro que lo intentará. Tampoco sé qué aspecto tiene. ¿Está esto claro?

—Seguro. ¿Qué quiere qué hagamos, patrón?

—Uno se quedará al pie de las escaleras. No se moverá de allí ni medio segundo. Los otros tres permanecerán fuera, vigilando, especialmente la parte trasera del edificio. Ese fulano no es tonto y debe haber descubierto la entrada posterior que conduce directamente a este despacho.

—Ya puede estar seguro que nadie pasará.

—No quiero descuidos. Al primer tipo sospechoso que aparezca, duro con él. Ya haremos las preguntas después.

Uno de los pistoleros soltó una risita.

—Un fiambre no puede responder preguntas, jefe...

Salieron igual que un pequeño ejército bien adiestrado.

Quien fuera que tratase de entrar subrepticamente esa noche, emprendería un largo viaje al infierno.

CAPÍTULO X

El pistolero que vigilaba la discreta entrada posterior se llamaba Wood. Era un individuo enorme, pesado, sin más cerebro que el indispensable para diferenciarse de los simios.

Pero era ligero con la pistola y con un valor irracional, que eliminaba cualquier asomo de cobardía.

Oculto en las sombras, apoyado descuidadamente en el muro, aguardaba deseando sin apenas darse cuenta que el intruso que quería rebanarle el pescuezo al patrón eligiera aquel lugar para su intento.

Así tendría ocasión de demostrar una vez más su valía. Seguro que Peters le recompensaría generosamente.

Sus deseos parecieron colmarse cuando vio el gran coche negro deslizarse en las sombras silencioso como un fantasma.

Era un sedán de gran potencia. No obstante, sólo el leve chirrido de los neumáticos sobre el piso de cemento turbó el silencio.

El pistolero se irguió. Una «45» automática apareció en su mano. Se agazapó, esperando...

Se abrió una portezuela y un hombre descendió del gran vehículo. Era apenas una sombra a aquella distancia, de modo que Wood siguió tenso, esperando.

El hombre avanzó con algunas precauciones. Desde la mano de Wood, la pistola le seguía como unida a él por un hilo invisible.

El pistolero dejó que llegara a la portezuela.

Entonces disparó.

No podía fallar a semejante distancia. El estampido bronco del arma, arrancó un ahogado quejido del recién llegado, que dio una voltereta impulsado por el enorme proyectil, y se quedó quieto en el suelo, hecho un ovillo.

Wood rió entre dientes, saliendo de las sombras. Se había ganado una buena recompensa.

Oyó los pasos de sus compinches acercándose al galope. Uno de ellos, exclamó:

—¿Le has cazado, Wood?

—Seguro. Cayó como un pajarito.

Los cuatro se reunieron en torno al cadáver. Wood le dio la vuelta con el pie.

Repentinamente, desde el coche brotó una larga llamarada y el seco tableteo de una ametralladora atronó la noche. El huracán de plomo pilló a los cuatro pistoleros completamente desprevenidos. Los zarandeó, empujándolos unos contra otros, manoteando mientras los proyectiles barrenaban sus cuerpos casi partiéndoles por la mitad.

La ametralladora calló. Los hombres aún estaban derrumbándose, cuando las portezuelas del coche se abrieron violentamente y tres hombres saltaron, echando a correr hacia el montón de cuerpos retorcidos.

Uno de los tres empuñaba una compacta «Thomson», de cuyo cañón todavía brotaba una columnita de humo.

—Era una trampa —murmuró uno de ellos—. Vamos a felicitar a Peters por su hospitalidad.

John Peters había oído el estrépito de las armas.

Y desde el instante en que oyera cantar a la «Thomson» supo que las cosas andaban mal, porque sus hombres estaban equipados solamente con pistolas para ese trabajo.

Se acercó a la ventana, pero ésta se abría a una fachada lateral, de modo que no pudo ver nada en absoluto, excepto un coche rojo, un «Mustang» descubierto, que maniobra a lo lejos.

Volvió atrás. Guardaba su propia pistola en la caja fuerte y consideró que ningún momento mejor que ése para sacarla, de modo que manipuló en el dial hasta formar la combinación. Después buscó en el bolsillo la llavecita para acabar de abrir la puerta de acero.

Tras él se abrió la puerta y una voz graznó:

—Yo en tu lugar no tocaría esa caja, Peters.

Se volvió en redondo. Sus ojos se desorbitaron.

Un hombre había entrado y le amenazaba con una metralleta «Thomson», empuñada con descuido.

Detrás de éste había otro alto, delgado y elegante.

Y junto a él, un tercero, que empuñaba una automática.

—¡Carlo! —jadeó Peters.

—¿Creíste que yo era idiota, muchacho?

—No comprendo... ¿Qué fueron esos disparos?

—Lo sabes bien. Tus muchachos salieron a darnos la bienvenida. No nos gustó. Demasiado calurosa. Frenchi cayó allá abajo. Y yo apreciaba mucho a Frenchi, Peters.

—No entiendo lo que pasa..., tú y yo quedamos de acuerdo hace meses...

—Sólo que eres demasiado ambicioso. Lo querías todo. Enterrándome hubieras podido controlar la oficina local del juego. Muy bien ideado, ya lo creo.

—¡Te juro que...!

—¿Para qué perder el tiempo? Sospeché desde que insististe tanto en que ésta era una reunión entre tú y yo... ¿De veras creíste que vendría solo, pobre tonto?

—¡Carlo, juro que yo no te llamé! ¿Es que no puedes creerme? ¡Nunca se me hubiera ocurrido hacerte eso a ti!

—Desde luego, no debió ocurrírsete. Aunque, pensándolo bien, ahora me alegra que hayas provocado todo esto. Este local es un buen negocio según mis cálculos...

—¡Espera, Carlo! —aulló Peters, desesperado.

De pronto lo comprendió todo.

Los mensajes, la llamada telefónica, la amenaza para obligarle a disponer a los pistoleros abajo...

—¡Carlo!

Éste sacudió la cabeza. Sólo dijo:

—¿Monty?

El pistolero de la metralleta enseñó los dientes en una mueca.

El arma tronó horrísonamente entre las paredes.

Peters recibió la descarga de lleno. Sus pies se elevaron del suelo unas pulgadas a impulsos de la andanada. Después, pegó contra la pared y cuando cayó era un cadáver convertido en una criba.

—Vámonos.

Le dejaron solo, sobre su propia sangre, que estaba formando un gran charca a su alrededor.

A Peters nunca, le había gustado estar solo. La soledad es mala cosa..., sobre todo cuando es la soledad de los muertos.

Fuera, el poderoso coche negro se alejó silencioso como un fantasma. Poco después, el «Mustang» rojo que había permanecido a cierta distancia, emprendió también la marcha y desapareció.

A la mañana siguiente los periódicos pregonaron la noticia con todos sus macabros detalles.

Incluso hubo un reportero avisado que les echó la vista encima a los escuetos mensajes y, deseando darle un poco más de suspense a su reportaje, los mencionó para sacar el jugo a la noticia...

De este modo el asunto llegó a conocimiento del teniente Morton, en Miami.

Y de éste a Harry Evans, de Newton Lake, igual que una pelota que se pasaran de uno al otro.

Evans mandó buscar los periódicos de Las Vegas, lamentando el tiempo que estaba perdiendo. Cuando los consiguió, leyó todas las reseñas del sangriento suceso.

Desde luego, aquello no ofrecía dudas; era el clásico ajuste de cuentas entre pandillas rivales.

Pero estaban los mensajes exactamente iguales que los recibidos antes por el abogado Pierce y por Charles Summers en Miami, y eso hacía que las cosas fueran muy distintas.

Finalmente, agarró el montón de papel impreso y se dirigió a la oficina de su jefe.

Estaba a punto de empujar la puerta, cuando recordó el eterno reproche y llamó con los nudillos.

La voz, desde dentro, gruñó:

—¡Pase!

Entró enarbolando los periódicos. El jefe de policía le miró como si nunca le hubiera visto.

—¡Cuernos! —exclamó—. ¡Ha llamado usted a la puerta! Casi no puedo creerlo...

—Otro, señor.

—¿Otro qué?

—Muerto. Con los malditos mensajes también.

La risita burlona del jefe se evaporó como por ensalmo.

—¿Dónde esta vez?

—En Las Vegas. Lea, señor.

Leyó todos los reportajes y después, perplejo, masculló:

—Es un asunto de locos, maldita sea.

—De un solo loco, según mi opinión.

—¿Steve Grey?

—Seguro. Le apuesto lo que quiera que si se lo pedimos, la policía de Las Vegas descubrirá que en algún hotel estuvo alojado un tipo alto, fuerte, de piel curtida y muy moreno, que tiene el cabello gris en las sienes. Seguramente se inscribió con el nombre de Jim Nelson, Jim Duke o Jim demonios, pero es el mismo individuo.

—Tal vez, pero si hemos de creer lo que ponen ahí, ese Peters fue acribillado con una metralleta, y fuera del despacho había cuatro cadáveres más, todos ellos pistoleros de Peters. Es un asunto entre gangsters sin ninguna duda.

—¿Y los mensajes?

—No me lo pregunte.

—Hay una familia aquí, en Newton, apellidada Peters. Recuerdo que tienen un hijo que se fue de la ciudad hace algunos años...

—¿Y...?

—Hasta ahora, todos los que han recibido esos mensajes eran oriundos de esta población, jefe. Debió existir un nexo de unión entre todos ellos. Si lo encontramos...

—No voy a creer que ese condenado tipo que escribe las notas se propone exterminar a todos los oriundos de Newton que hay esparcidos por el país.

—A todos no, señor; sólo a cuatro. Y hasta ahora se ha cargado a tres.

—¿Qué idea es la suya, Harry?

—Voy a interrogar a las familias. Quizá alguien recuerde algo interesante del tiempo en que vivieron aquí.

—Está bien, hágalo y manténgame informado. Opino que, en alguna parte, una espada pende sobre la cabeza de alguien...

Evans abandonó el despacho y como de costumbre, cerró de un portazo que arrancó una sarta de juramentos a su jefe.

De los familiares de John Peters no obtuvo nada interesante, excepto expresiones de pena por la muerte del hijo y hermano.

Lo dejó correr y volvió a casa de Charles Summers.

Allí tuvo más suerte, sobre todo al mencionar a John Peters y la época en que éste viviera en Newton Lake también.

—Sí —dijo la madre de Summers—, eran muy amigos todos

ellos, teniente.

—¿Quiénes?

—Pues mi pobre hijo, Eric Pierce, Peters...

—¿Y quién más, señora? Ha de haber por lo menos otro que formase parte de su grupo.

—Claro que lo había... Se llamaba Frank Gauge.

Evans dejó escapar el aire retenido en sus pulmones más de la cuenta.

—Frank Gauge —repitió—. Supongo que también se marcharía de aquí.

—Hace ya muchos años...

—Y su familia, ¿dónde reside?

—En la calle Main. Una casa de dos plantas con la fachada de ladrillo rojo.

—Muchas gracias, señora...

Evans salió zumbando, íntimamente convencido de estar sobre una buena pista.

Los Gauge eran una familia acomodada que al casarse y abandonar la ciudad los hijos e hijas, había quedado reducida al matrimonio.

El marido no estaba en casa, pero la mujer le recibió con cierta prevención.

—¿Por qué quiere localizar a mi hijo Frank, teniente? —le espetó.

—Tranquilícese, no tenemos nada contra él, en absoluto. Pero creemos que puede ayudarnos a aclarar algunos detalles relativos a otros casos.

—¿Qué casos?

—No estoy autorizado a revelárselos, señora —gruñó, impacientándose—. Por favor, límitese a darme sus señas solamente.

—No lo haré hasta que haya hablado con mi esposo, esta noche. Vuelva entonces, o llámenos por teléfono. Es posible que Mike decida consultar primero con nuestro abogado.

Evans soltó un bufido y estalló:

—Consulten también con su abogado cómo prefiere enterrar a su hijo, señora. Cuando lo hayan decidido, llámenme y entonces quizá Frank Gauge ya sea cadáver.

La mujer palideció.

—¿Quiere decir que mi Frank ha muerto?

—Todavía no..., espero. Pero morirá si usted sigue haciéndome perder el tiempo. Y no me pida más explicaciones, por favor. Sólo deme sus señas actuales y eso es todo.

Las obtuvo al fin. Una dirección en San Francisco.

De vuelta al despacho estuvo reflexionando unos minutos antes de hablar nuevamente con su jefe.

Una vez más, pidió que le enviaran a San Francisco.

—Primero Miami, y ahora San Francisco —rezongó su superior de mal talante—. Decididamente, usted es un hombre de ideas fijas, Harry.

—¿Es que no comprende la situación?

—Perfectamente. Quien no parece comprenderla es usted. En primer lugar, hasta este momento sólo sabemos que alguien ha escrito unos ridículos mensajes que no son siquiera amenazadores. Ante un tribunal, serían considerados hasta infantiles. Muy bien, en segundo lugar, y aceptando su retorcida teoría de que el autor es Steve Grey... ¿De qué va usted a acusarlo, dando por sentado que pudiera localizarlo?

Evans se removió, inquieto.

—Absolutamente de nada —le espetó el jefe—. No hay ni una maldita prueba contra él. Es más, sabemos positivamente que Summers se arrojó por la ventana, que Pierce saltó también, con enorme impulso por otra para caer sobre las lanzas de la verja y ensartarse allí como un insecto. Y en cuanto a Peters, a éste le llenaron de plomo pistoleros de cualquier otra pandilla rival. ¿Qué nos queda para echarle el guante a su Steve Grey?

—Planteadas así las cosas...

—No hay otra forma de plantearlas.

—Pero debemos hacer algo para evitar que Gauge muera también.

—De eso se ocupará la policía de San Francisco. Ocúpese de que se les remita un informe completo, detallado, de cuánto ha sucedido hasta ahora en relación con esos mensajes. Pídales que Organicen un discreto servicio de custodia en torno al individuo y eso será suficiente.

Desalentado, Evans cabeceó.

—Sí, señor —murmuró.

Salió y esta vez se olvidó de cerrar con un portazo, lo que no dejó de sorprender a su jefe después de todo.

La redacción del extenso informe le ocupó horas. Quería que la policía de San. Francisco quedara impuesta de la gravedad de la situación para que obrara en consecuencia.

Vertió en él todo cuanto sabía, todo cuanto sospechaba e incluso lo que iba imaginando sobre la marcha.

Cuando terminó quedó muy sorprendido al ver la extensión de lo que había escrito. Lo releyó otra vez antes de darlo a la mecanógrafa para que lo pusiera presentable.

Tras esto, y no sin cierta amargura, se encontró sin nada que hacer en el apasionante misterio.

Como si la cosa no fuera con él.

Y acabó preguntándose si Frank Gauge habría recibido ya los primeros mensajes fatídicos...

CAPÍTULO XI

Desde luego, a Gauge le habían empezado a llegar los mensajes el día anterior.

Y el efecto que le causaron fue terrible.

Llevaba recibidos tres cuando la policía le visitó en su oficina.

Se mostraron discretos para con los empleados, pero tenaces en su interrogatorio.

Querían saberlo todo, la razón de los mensajes, qué significaba la cabaña del lago, qué era lo que le había unido a él con Summers, Pierce y John Peters, y quién podía odiarles tanto para eliminarlos uno a uno...

Hubo un instante que estuvo tentado de confesarlo todo y acabar de una vez, pero pudo contenerse.

Revelar aquel horrible secreto hundiría a sus hijas y a su esposa en el descrédito, en el desprecio de todas sus amistades, y ellas no tenían por qué pagar por la espantosa culpa que gravitaba sobre él, amargándole, turbándole el sueño infinidad de noches...

Los policías no sacaron nada claro de él.

Le advirtieron que pondrían una discreta vigilancia a su alrededor y le dejaron solo, llevándose los mensajes que había recibido hasta entonces.

A partir de aquel momento, Gauge trató de descubrir a los hombres que velaban por su vida, pero no pudo verlos en ningún momento.

No obstante, los mensajes siguieron llegando con implacable regularidad.

«Recuerda la cabaña del lago».

¿Es que había podido olvidarla alguna vez?

Los demás habían muerto, dos de ellos impulsados por el pánico, según la policía.

O quizá por sus conciencias culpables, según pensaba Gauge.

En esos días fatídicos miraba a sus hijas y le parecía que nunca les había dedicado suficiente tiempo para conocerlas como hubiese querido, para intimar más con ellas...

Al fin, una noche, el teléfono sonó.

Su hija mayor acudió, pensando que quizá era uno de sus muchos compañeros de escuela.

Sólo que se equivocaba.

—¡Es para ti, papá!

Gauge acudió al aparato, intrigado.

Oyó una voz sin inflexiones.

—¿Frank Gauge?

—Al habla.

—Pensé que ya era hora de que hablásemos personalmente.

Mañana recibirá el último recordatorio.

Sintió un frío de muerte en todos sus miembros.

—¡Usted! —jadeó.

Dio un vistazo al otro saloncito, donde su esposa y sus hijas hablaban animadamente.

—¿Me oye, Gauge?

—Sí, sí... ¿Quién es usted?

—Todos hacen la misma pregunta, incluso cuando me ven cara a cara. Ninguno me reconoció hasta que les di mi nombre.

—Por favor, termine con eso. ¿Qué es lo que quiere, dinero? Le daré todo cuanto quiera.

—No podrá jamás darme lo que yo quería.

—¿Cuánto? —insistió—. Fije una cifra..., la que quiera.

—Jennie. ¿Recuerda?

Un quejido quebró la garganta de Gauge.

—Nunca pude olvidarla —musitó—. Jamás se borró el espantoso recuerdo de mi mente.

Hubo una pausa. Después, el hachazo.

—Usted tiene hijas, Gauge. La mayor tiene nueve años, creo...

—¿Qué?

—Me pregunto si sería usted capaz de experimentar el mismo dolor que yo sentí cuando destrozaron a Jennie.

—¡No, eso no! —chilló.

Su voz llegó, aguda; hasta su familia. Por el rabillo del ojo vio que le estaban mirando.

—¡Por Dios, no puede pensar eso en serio! —musitó.

—Ojo por ojo y diente por diente. Sí, quizá sustituya su vida por la de ella, Gauge.

Éste sintió que iba a desplomarse, que sus piernas se volvían de pronto flácidas y temblorosas. Se agarró al auricular desesperadamente.

El pánico le vencía. El horror más espantoso que jamás imaginara estaba lacerándolo igual que una cuchilla de acero hundiéndose en sus carnes poco a poco.

Aquella voz fría, inalterable, añadió:

—Le haré saber mi decisión final, Gauge. Usted o ella... quién sabe.

—¡Escuche! Tome mi vida si es eso lo que quiere, pero...

El teléfono había enmudecido. Nadie le escuchaba ya.

Colgó y tuvo que sentarse porque las piernas ya no podían sostenerle más.

Sabía que no podía reunirse con su familia en el estado en que se hallaba. No atinaría a disimular, no podría responder de modo convincente a sus preguntas.

De modo que subió a su dormitorio y se echó sobre la cama.

Ésa fue su primera noche de infierno.

A la mañana siguiente recibió otro mensaje.

El último, le había dicho la voz del teléfono.

Estuvo mirando el renglón escrito durante mucho tiempo, mientras un violento temblor se apoderaba de todos sus miembros.

El pasado se precipitaba sobre él como un alud. Las espantosas imágenes de aquella tarde de diabólico desenfreno se le aparecían nítidas, como si estuvieran sucediendo de nuevo ante sus ojos.

Todo había sido obra de Pierce. De él partió la idea, y Peters la secundó con entusiasmo... Él y Summers les habían seguido casi por inercia, y un poco por morbosa curiosidad obscena de verles desenvolverse con una muchacha que sin duda no se rendiría fácilmente...

Cuando quisieron darse cuenta, lo que empezó como un sucio juego se había convertido en una infernal pesadilla que les marcó para el resto de sus días.

Siempre había sabido que algún día tendría que pagar. Una cosa tan repugnante, tan horrible, no podía quedar impune.

Y ahora había llegado, hiriéndole donde más podía dolerle.

Sus hijas.

Quizá si confesara pudieran detener a aquel desconocido antes de que pudiera hacerles daño alguno. Le despreciarían, le aborrecerían sin duda, pero por lo menos ellas vivirían.

Llegó la noche. Convulsionado, pretextó un ligero malestar y subió a su dormitorio, teniendo buen cuidado de dejar la conexión telefónica conectada arriba.

Cuando el teléfono sonó no le dio tiempo a que diera más de un timbrazo. Lo atrapó de un zarpazo y exclamó:

—¡Hable!

—Ya he decidido, Gauge —dijo la voz.

Un frío de muerte le paralizó.

—Escuche, deje que le explique cómo sucedieron las cosas. No me importa lo que haga usted conmigo, pero deje en paz a mis hijas. ¿Entiende? En cierta forma, morir será una especie de liberación.

—¿Desea morir realmente?

—¿Importa acaso?

—Eso no encaja con su escolta policíaca.

Lo sabía. ¡Aquel demonio lo sabía todo!

—¡Yo no la pedí! —gritó—. Ellos me la impusieron.

—Pero usted debió: llamarlos.

—¡No, no! Vinieron a verme. Les mandaron un informe o algo desde Newton Late.

—Ya veo...

—¡Por favor...!

—Su hija, Gauge. Así sabrá usted lo que se sufre al perder al ser que más se ama en este mundo.

—¡No!

Fue un alarido que brotó de lo más profundo de su pecho. El auricular escapó de sus dedos crispados y rebotó contra el suelo.

Gauge dio un traspié y se desplomó pesadamente, boqueando, ahogándose, pero conservando la suficiente lucidez para saber que estaba desperdiciando unos minutos vitales, unos minutos que ya no volverían jamás.

Se arrastró angustiosamente hasta tomar el auricular.

—¡Óigame! —sollozó.

—¿Qué le sucedió, Gauge?

—No importa... nada importa ahora. Le ofrezco todo lo que tengo..., convertiré mis establecimientos en dinero contante... para usted... valen más de dos millones..., y la casa, mi vida... todo... pero mi hija no, ella no... ¡Mi hija, no!

Los sollozos quebraron su voz.

La otra, la del teléfono, implacable, dijo:

—No podrá usted evitarlo, Gauge.

—Ella, no...

Se ahogaba, su voz era apenas un murmullo ronco y profundo.

—¿Usted, entonces? —preguntó la voz.

—¡Sí, sí!

—Le daré una oportunidad. ¿Qué diablos le ocurre? Parece que hubiera un fuelle junto al teléfono.

—Me ahogo..., apenas puedo respirar..., pero haré lo que quiera. ¡Hable de una vez!

—Quiero que venga usted a mi encuentro, que acuda voluntariamente al matadero por su propio pie. ¿Ha entendido?

—¡Sí, sí!

—Esta noche, Gauge.

—Esta noche...

—Tome su coche y diríjase a la carretera de Berkeley. Despiste a su escolta o no hay trato y entonces vendré a por ella. Encontrará un puente estrecho. Crúcelo y deténgase al otro lado. Sólo espere.

—Lo haré. ¡Oh, Dios mío! Lo haré, pero que ellas no sepan jamás...

Pero el otro ya había colgado el teléfono.

Descendió la escalera silenciosamente. Desde el *hall* oyó las voces de las niñas, riendo por algo que había dicho su madre.

Sintió una inmensa ternura en su corazón. Las lágrimas humedecieron sus ojos. No se atrevió a verlas porque si le descubrían no sabría qué decirles.

Le hubiera gustado despedirse, verlas por última vez. Llevarse su querida imagen en las retinas.

Ahogando un sollozo, se deslizó por el pasillo que conducía a la parte trasera de la casa.

Sabía que los policías estaban en algún lugar fuera de la casa. Debería sorprenderles si quería despistarlos, porque si no lo

conseguía...

No quería ni pensarlo.

Quitó el freno del coche y lo dejó deslizar por el sendero de cemento hasta cerca de la salida. Allí encendió el motor y le dejó runrunear hasta qué se hubo calentado.

Entonces abrió la verja, aceleró y salió como un cohete.

Por el retrovisor vio encenderse unos faros allá atrás, pero estaba ganándoles terreno.

La calle descendía en pronunciada pendiente hasta la carretera de Oakland. Hundió más el acelerador y el coche derrapó estruendosamente en una curva.

La carretera apareció ante él oscura y siniestra. Desembocó en ella como una tromba, pero tras él lo hizo también el coche de escolta.

No pudo contener un quejido. Necesitaba librarse de aquellos hombres que estaban condenando a muerte a su hija...

Hundió el acelerador hasta el fondo. El coche dio un salto hacia delante, precipitándose por la pendiente como una centella.

Dio un vistazo al retrovisor. ¡Ganaba terreno!

El otro coche estaba ahora mucho más lejos...

¡Iba a ganar la partida!

Iba a ganarla, sabiendo que ganándola perdía la vida.

Tomó una curva sobre dos ruedas. Los neumáticos aullaron y echaron humo, pero el gran vehículo rebotó sobre la carretera y reanudó su loca marcha.

El desvío de Berkeley no podía estar lejos... aguzó la mirada, con el acelerador a fondo.

Entonces, inesperadamente, una cerrada curva apareció ante él.

Hubo un terrible estrépito, el auto brincó, por los aires y dando vueltas se precipitó por un profundo terraplén, dejando detrás de sí una espesa polvareda.

La polvareda aún persistía cuando el coche de la escolta llegó a la curva, rechinando los frenos.

Para entonces, ya no había nada que hacer por Frank Gauge.

El negro odio surgido del pasado había vencido.

CAPÍTULO XII

—Me voy contigo —dijo Maggy.

Él la miró. Sus ojos grises parecían vacíos.

—¿Para qué?

—Ésa es una condenada pregunta, búho. ¿Necesitas que te lo diga realmente?

—Yo no soy el hombre que te conviene. Nunca seré rico.

—Bueno, ya he tenido algunas experiencias con hombres ricos: O mi suerte con ellos ha sido fatal, o son todos unos cerdos.

—Los campos petrolíferos de Venezuela son una sucursal del infierno, Maggy. No te gustarían.

—¿Tú estarás allí?

—Sí.

—Entonces me gustarán. ¿Cuándo nos vamos?

—Debes estar loca...

—Completamente.

—No comprendo por qué te obstinas, de veras. No puedo ofrecerte nada de lo que tú ambicionas.

—Tú qué sabes, búho... Además, me he propuesto resucitarte.

Él se puso rígido.

—¿De qué hablas?

—De ti; de tus ojos muertos, de tu abulia frente a la vida..., de lo que llevas dentro, sea lo que sea.

—¡Calla!

—¿Duele? No importa, yo haré que deje de torturarte, sea lo que fuese.

Se besaron, estrechamente abrazados.

Cuando ella se separó, susurró:

—¿Nos vamos juntos?

—Sí...

Él sabía que estaba cometiendo un error, pero también sabía que

seguiría adelante con error o sin él.

Quizá ése fuera el medio de desterrar para siempre el negro pozo del odio...

Estaban besándose, cuando anocheció.

El teniente Evans dio un sonoro puñetazo sobre la mesa.

—¡Debió usted mandarme a San Francisco! —exclamó.

—Si la policía de la ciudad no pudo evitarlo, ¿qué hubiera hecho usted?

—Buscar a ese demonio, así se escondiera en el fondo del infierno.

El jefe sacudió la cabeza.

—Hubiera sido inútil. Nos consta que ningún desconocido se acercó siquiera a Gauge. Fue éste quién se despeñó con su coche.

—De algún modo debió empujarle a hacerlo.

—No sea usted tonto, Harry.

—Hay algo más, señor, algo que me revuelve el estómago solo con pensarlo.

—Suéltelo —dijo su jefe, con sarcasmo—. Quizá eso le devuelva la tranquilidad...

—¿Sabe por qué estoy seguro de que yo hubiera cazado a ese tipo antes de que terminara con Gauge?

—Él no terminó con nadie, Harry... Pero dejémoslo, es más terco que una mula. Dígame cómo lo hubiera cazado usted.

—Sólo viendo los registros de los hoteles.

—Debió cambiar de nombre. Primero Nelson, después Duke... Cualquiera sabe.

—Yo «sé», señor.

—¿Qué?

—Se inscribió en el hotel Commodore.

—Siga, no deje nada en el buche, hombre.

—¡Se inscribió con su propio nombre! —bufó Evans—. ¡Con su propio y maldito nombre! Steve Grey. ¿Qué le parece?

El jefe de policía se quedó boquiabierto.

Después masculló:

—El tipo continúa loco, no cabe duda.

—Lo que siento es haberlo perdido..., quién sabe dónde estará ahora. Es capaz de estar cruzando la frontera mientras usted y yo nos mordemos los puños como dos tontos...

—Yo no me muerdo los puños, Harry.

El teniente Evans jamás supo cómo había acertado con su suposición.

Porque mientras él discutía con su superior, un «Mustang» rojo descapotable cruzaba apaciblemente la frontera dirigiéndose aparentemente a un fin de semana en Tijuana...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

